



Organo del Partido Socialista Obrero Español y portavoz de la U. G. T.

Habló el Caudillo

Misericordias de un mensaje

OR fuerza de la costumbre establecida, tenía el Caudillo que lanzar un mensaje de fin de año y, naturalmente, tenía que decir que todo va muy bien en sus dominios. Lo ha dicho, y no podía ser de otra manera. Un régimen como el suyo no puede reconocer un fracaso ni declararse en situación de rectificar, ya que, sin oposición ni contradicción posible, nada le impide escoger cada día el camino de la perfección.

Necesariamente ha de encontrar ese camino quien goza de inspiración divina. En ese caso se considera el Caudillo según estas magníficas palabras que ha pronunciado ante el micrófono: «Desde los primeros momentos en que por la voluntad de Dios y del pueblo español asumimos la responsabilidad vitalicia de los deberes que implica la Jefatura del Estado, fué norma de nuestro ejercicio del Poder y de nuestra acción de Gobierno aplicar al área de la política y de la Administración las clásicas reglas del arte militar frente al enemigo.»

Así se expresa el Caudillo contando una vez más con el asentimiento tácito, aunque evidente, de la Iglesia. Pero terminemos ese párrafo, que no tiene desperdicio: «La vida es lucha; y guerra y política no son cosas tan distintas como a algunos pudieran parecer, y hoy menos que nunca, cuando la segunda viene determinada en aspectos muy esenciales para el mundo libre, por la actividad de un enemigo poderoso, al que solamente nosotros fuimos hasta la fecha capaces de vencer, tanto en la lucha armada como en la acción civil dentro de nuestras fronteras.»

Sería cosa desproporcionada y hasta demasiado honorífica indignarse ante tal histrionismo que, llevado a ese extremo, sólo merece risa; pero una risa, eso sí, profundamente despectiva para quien con tan vergonzosas ayudas asaltó a España sin más norma ni más moral para el ejercicio del Poder que «aplicar al área de la política y de la Administración las clásicas reglas del arte militar frente al enemigo.»

¡Estupendas y cínicas palabras del jefe de la ocupación militar de España! Nótese en ellas el carácter «vitalicio» que atribuye a sus poderes sobre el pueblo español. «Nuestro futuro está en nuestro presente», dice aún el Caudillo insistiendo en la pervivencia de su sistema. Así tiene que ser su estrecha y autodefensiva visión de porvenir. Ese régimen —lo decimos una vez más— inicu y corrompido, está condenado a morir tal cual es; a no poder evolucionar sin derrumbarse. Cuanto más tarde en derrumbarse, peor será la situación de quienes se obstinan en sostenerlo, y aun de la propia España que lo padece.

¿Y qué situación la presente! «Sabemos —ha dicho el Caudillo— que nuestra situación está lejos de ser perfecta; que sobre nuestra nación pesan grandes y hondos problemas que no han podido ser superados y que afectan a los hogares o a las empresas...» Sí; la situación no sólo no es perfecta sino que está en un grado muy bajo de la imperfección. El Caudillo pretende justificarse con la situación en que recibió el país, que no fué sino la situación en que lo dejaron él y los suyos después de... la «Cruzada». Vana e indigna disculpa a estas alturas. ¿Acaso él previó entonces este largo tiempo de miseria? ¿No es más cierto que prometió para enseguida la felicidad y el resurgimiento de España?

Y he aquí que en trance tan apurado para la economía del país, el Caudillo, después de haber estado ocultando durante tanto tiempo la gestación y los comienzos de ese asunto de Ifni, tan vergonzoso para él, trata ahora de emplearlo como cortina de humo y convertirlo en motivo de exaltación patriótica que desvie y distraiga la atención pública. Con ese desgraciado asunto ha llenado el final de su discurso torpe y sinuoso como una mal trazada evasión hacia la irresponsabilidad de esos grandes responsables que con él se han dedicado a ocupar, desgobernar y explotar a España, llevando —según las propias palabras del Caudillo— como programa y norma de acción de Gobierno aplicar al área de la política y de la Administración las clásicas reglas del arte militar frente al enemigo. Así; ni más ni menos.

De España

APOSTILLAS

La prosperidad de Euskalduna

HE aquí otra muestra de la cuquería capitalista. El valor nominal de las acciones de esta empresa es de 500 pesetas; pero el valor bursátil de las mismas semanas de diciembre en 3.675. En el momento más subido de la Bolsa llegaron a valer 4.875 pesetas. En el primer caso dichas acciones se encuentran con que han mejorado su valor hasta un 735 por ciento. En el segundo caso, las cifras nos dan un valor igual al 975 por ciento del valor nominal.

En enero pasado, Euskalduna emitió acciones y las ofreció a sus accionistas a 1.600 ptas. En ese momento se cotizaban en la Bolsa a 4.500. Cada cinco acciones viejas tenían derecho a una nueva. La diferencia entre el precio de unas —a 4.500— y otras —a 1.600— era entonces de 2.900 ptas. Repartidas entre cinco acciones, daban un suplemento

bruto al dividendo de 580 ptas. por acción. Según se calcula la rentabilidad por los diversos valores de las acciones, tendremos los siguientes tipos de suplemento de renta:

—A base del valor nominal: 116 por ciento.
—A base del valor de emisión: 36,25 por ciento.
—A base del valor bursátil: 12,88 por ciento.

Tratándose de un suplemento efectivo, aún disminuido en la cuantía de las cargas fiscales y corrétajes, si lo hubiere, sobrepasa al dividendo máximo legal.

De nuevo, Euskalduna se dispone a aumentar el capital social y las reservas. De nuevo, ofrecerá a sus accionistas ventajas parecidas a las otorgadas en enero de 1957. Otra vez, los accionistas tendrán ocasión de procurarse un buen suplemento al dividendo. De todo ello es lógico deducir que los capitales invertidos en Euskalduna gozan de una importante

rentabilidad; pero no se nos presenta así. De 17 valores cotizados en la Bolsa de Bilbao, solamente cuatro aparecen en el listín bursátil con una rentabilidad nominal inferior a la de Euskalduna:

—Banco de Bilbao 1,932 por ciento
—Banco de Vizcaya 2,113 por ciento
—Papelería 2,280 por ciento
—Marítima Nervión 2,441 por ciento

Contra 2,897 por ciento a Euskalduna.

Las cuatro son fortísimas y sus acciones tienen buena cotización en Bolsa. Todas ellas son empresas vascas, y es en Vasconia donde el régimen franquista ha sufrido el mayor número de huelgas originadas por las insuficiencias del salario. Euskalduna ha sido teatro de más de una, a pesar de que no es Vasconia donde se paga peor. No se crea, sin embargo, que los privilegios de que gozan los accionistas de Euskalduna sean una prerrogativa vasca. No. Los accionistas en cuestión pueden estar, y seguramente están, esparcidos por toda España, pues esa situación de privilegio semiclandestino es epidémica en el ambiente empresarial de toda la nación; doblemente desgraciada por lo que tiene que sufrir al mismo tiempo una tiranía política y una tiranía económica.

La tarea que nos espera a todos es, pues, desmesurada.

Estampa bilbaina

Un concejal de la villa

Por Indalecio PRIETO

OR zona minera de Vizcaya se entiende la de Triano —nombre de un viejo barrio de Ortuella y de un marquesado nuevo—, constituida por dos cadenas de montes que, partiendo de Baracaldo y San Salvador del Valle, llegan hasta Setares, en la provincia de Santander. Esa zona ha sido preferentemente explotada por empresas extranjeras, como la Orconera, Franco-Belga, Luchana Mining, y Galdames, todas con ferrocarriles propios construidos para llevar la mena desde los yacimientos hasta exclusivos cargaderos que en el margen del río Nervión vertían aquella en las bodegas de buques exportadores. Además de esos cuatro ferrocarriles, se construyó el de Triano, propiedad de la Diputación provincial, quien no supo defender ni conservar la exclusividad que se le concedió para el transporte en dicha zona. Si la Diputación hubiese conseguido mantener tal exclusividad que le arrebataron compañías extranjeras, a buen seguro que, merced a formidables ingresos, habría podido retrasar por bastantes años el establecimiento de contribuciones directas que tenía concertadas con el Estado y que durante muchísimo tiempo no cobró por disponer de suficientes recursos económicos, el principal de los cuales procedía de su línea férrea entre Somorrostro y Sestao.

Si la explotación de dicho ferrocarril liberaba de cargas tributarias a la industria y al comercio vizcaínos facilitando el desarrollo de ambos, calcúlase cómo formidable el recurso de la economía nacional representado por muchísimos millones de libras esterlinas con que se beneficiaron las ciudades enteras extranjeras si tales beneficios no hubiesen salido de España.

En la zona de Triano, pese al predominio foráneo de que hablo, quedaron huecos para iniciar sus riquezas o acrecentarlas los notorios bilbaínos

Taramona, Lezama-Leguizámon, Martínez de las Rivas, Echevarría y Sota, quienes enfocaron casi todos sus ingresos hacia las industrias siderúrgica, naviera, de construcción naval, eléctrica, etcétera y hacia la banca, derramando procelosas iniciativas en varias regiones españolas.

Pero la zona de Triano, aunque fuese principal, no era única en Vizcaya. Había otra, desde Ollargan a los Mimbres, en montañas que se erigen sobre el mismo Bilbao del que aquellas explotaciones engulleron parte de las barriadas de Cantarranas Miravilla. Esa zona fué origen fundamental de las fortunas de Gandarías, Chávarri, Nuñez y Aburto.

Algunos cotos mineros más, realmente minúsculos, se esparcieron por el territorio vizcaíno, siendo el de mayor importancia el de Ayte-Arzáola. Una gran distancia entre Ayte-Arzáola y la ría bilbaina y el doble transbordo de vagón a gabarra y de gabarra a barco, aumentando el costo, reducían las ganancias de Viguera y Maestre, razón social concesionaria. Julián Maestre, participe en dicha sociedad, es protagonista de la verdadera historia que voy a contar y que saco de la atestada bodega de mis recuerdos.

El republicano de la Sendeja

CUANTOS capitalistas quedan nombrados, invirtieron en construcciones urbanas en Bilbao parte de sus ganancias, habiendo sido el primero Taramona y Sota el último. Inclusive Julián Maestre, si bien en pequeñas proporciones, toma idéntica ruta inversionista, levantando en la calle de Fernández del Campo una casa cuya planta baja ocupó la Tipografía Popular, donde se imprimía «La Lucha de Clases», semanario del que comencé siendo paquetero y concluí siendo director. Tal circunstancia de vecindad —a la Tipografía Popular era

impresora instalada por los socialistas para asegurar la publicación de su órgano periódico— me permitió conocer a Julián Maestre que tenía su oficina en el mismo edificio.

La Diputación de Vizcaya y el Ayuntamiento de Bilbao capitanearon las iniciativas para desenvolver urbanísticamente la villa construyendo sus soberbios palacios provincial y municipal en reemplazo de viejas caserones donde amabas corporaciones moraban. Casi a la par que se levantaba la nueva Casa Consistorial, construía Taramona, cerca de ella, en la Sendeja, una fila de opulentas edificaciones que contrastaban con otras misérrimas que permanecían en pie en lo que fué, a juzgar por el diminutivo de su denominación, estrecha senda a orilla del río, cuando éste no había sido aún canalizado.

Pese a tan espléndidas viviendas habitadas por familias pudientes, la Sendeja no perdió su matiz republicano, contribuyendo a que subsistiera tal carácter el hecho de que alineada con las de Taramona, y de igual suntuosidad, el comerciante Nicolás de Madariaga, pilar del federalismo local, irguiera otra casa, donde el hijo, Ramón, estableció su despacho de abogado «arristero» pues revaleó el título en Inglaterra, y el sobrino Nicolás Bengoa, su consultorio de urología. Años después serían compañeros míos en la Diputación Ramón de Madariaga y Nicolás Bengoa, ambos republicanos.

Mas el fuego sagrado del antimarxismo lo mantenía en la Sendeja la Tertulia Republicana, domiciliada en una de las casuchas subsistentes, próxima a la fundación de Pelletier, talleres donde coincidían, trabajando en ellos, dos hombres que con el tiempo iban a ser muy populares: Perezagua, líder socialista, y Guisasaola, padre de los famosos pelotaris Begoñoses.

El republicano más popular (Pasa a la segunda pág.)

El conflicto hispano-marroquí

«Al Istiqlal» anuncia el envío de una nota jerifiana pidiendo a Madrid una «respuesta sin equívocos»

Un incidente que ha causado ayer domingo la muerte de un marinero español —muerto de un tiro partido de la costa marroquí, en el estrecho de Gibraltar, según asegura Madrid—, recuerda que la calma aparente que reina desde cerca de tres semanas en el pequeño enclave de Ifni no entraña un real apaciguamiento

de las relaciones hispano-marroquíes. La semana pasada, mientras que el señor Allal El-Fassi declaraba que la lucha sería proseguida hasta la liberación total del territorio del Sur, el general Barroso, ministro español del Ejército, declaraba en las Cortes: «España no tiene miedo a la guerra.»

Y ayer, el semanario del partido gubernamental marroquí, «Al Istiqlal», publicaba un artículo donde principalmente se especifica que «los acontecimientos de Ifni, provocados por la administración local española, han venido a constituir un verdadero absceso de fijación con el fin de concentrar la atención sobre un problema menor respecto del conjunto del contencioso hispano-marroquí.»

Indicando que las cuestiones importantes tienen relación con la zona norte y principalmente con la integración de esta región —donde la peseta tiene todavía curso— a la economía del reino, el órgano del Istiqlal deja entender que el Gobierno del señor Bekkai ha dirigido a Madrid una nota «que recaba por parte de España una respuesta sin equívocos sobre sus intenciones con respecto a los problemas planteados según su orden de importancia.»

Y, criticando vivamente la actitud de España, «cuya prensa adopta cada vez más el tono agresivo y va hasta crear una atmósfera de cruzada», el periodista marroquí concluye de modo particularmente significativo: «La opinión marroquí está igualmente atenta a la actitud de Francia, quien debe sostener a Marruecos en su acción pacífica de unificación y de clarificación.»

Es, según parece, la primera vez que el Gobierno de Rabat hace así públicamente un llamamiento, por intermedio de un órgano oficioso, a un apoyo de Francia en el conflicto que le opone a Madrid.

(De «Le Monde», París, 31-12-57.)

En Barcelona

Veintiún españoles llevados ante un tribunal militar a consecuencia del descubrimiento de un tráfico de armas hacia Argelia

MADRID. — Se supo el sábado en Madrid que un importante tráfico de armas destinadas al FLN se ha descubierto recientemente en Barcelona.

Veintiuna personas han sido detenidas y llevadas ante un tribunal militar.

Entre ellas figuran militares españoles y personalidades de la policía.

Entre las armas encaminadas a Argelia figuraban pistolas, fusiles y metralletas, así como 220.000 cartuchos robados en los «stocks» del parque de artillería de Barcelona. Además, dos armeros españoles habían fabricado cerca de 3.500 granadas igualmente enviadas a Argelia.

El tráfico fué montado a comienzos de 1955 por un subdito marroquí miembro del FLN, Abdel-Kader Kaddur, quien se había asegurado la cooperación de varios maestros armeros del ejército español, así como la de un comisario de policía y de dos de sus subordinados.

(De «La Dépêche du Midi», Toulouse, 30 diciembre 1957.)

PRESENTACION

La Unión Democrática de Estudiantes

Reproducimos con mucho gusto la interesante y bien expuesta presentación de la «Unión Democrática de Estudiantes» de España, publicada en el primer número de su periódico clandestino «Unión», que circula profusamente por las Universidades españolas.

Con el manifiesto repartido en toda España en la segunda quincena de octubre, ha hecho este curso su aparición pública en nuestra Universidad la Unión Democrática de Estudiantes. A partir de hoy, compañeros de todos los cursos, de todas las Facultades y Escuelas Especiales del país, la UDE estará entre vosotros, como un vínculo moral, informativo, orgánico, en el trabajo universitario y en la lucha común por la libertad, la representación y la dignidad de los estudiantes frente al Estado. Mensualmente, nuestra joven organización se asomará a las páginas de esta hoja clandestina, cuyo primer número tendréis entre las manos: «Unión». A través de este modesto, pero sincero y viviente periódico, se irá forjando, por medio del diálogo y del contraste de posiciones, la unidad política e ideológica fundamental de nuestras generaciones, basada —dentro de las naturales discrepancias en cuanto a los medios— en nuestra progresiva convergencia hacia un fin central: el logro de una España democrática, socialmente justa, moderna y europea, para lo cual es condición ya insoslayable la liquidación de una dictadura que hoy representa todo lo contrario: el mantenimiento del país bajo un gobierno arbitrario y personalista, que acentúa la desigualdad entre las clases, el movimiento de regresión social e histórica, la adquisición del consumismo y su expresión y el aislamiento de España, precisamente cuando suena la hora de la definitiva integración europea, y permanecer cortada del Continente puede tener para ella consecuencias irreparables. Recibid, pues, esta sencilla hoja, como el primer anuncio de la futura liberación.

Pero no queremos engañarnos ni engañarnos. La UDE no es aún la organización perfecta y acabada que pretende llegar a ser la institución estudiantil fuerte, abierta a todos, verdaderamente representativa de todas las tendencias universitarias y en condiciones de resolver los graves problemas formativos, culturales, sociales, asistenciales y de relación internacional que los estudiantes tenemos planteados hoy, después de tantos años de retrasos, torpezas, violencias y mezquindades como ha significado el monopolio del SEU, el organismo estatal que no representa a nadie y cuya permanencia espectral sólo tiene un significado policiaco y folklórico. No. No tenemos dinero, luchamos en la clandestinidad, no tenemos locales, toda reunión es peligrosa y sólo poco a poco vamos abriendo camino internacionalmente, haciendo oír nuestra voz en los Congresos estudiantiles, adonde llegamos con dificultad para denunciar la escandalosa falta de libertad de nuestra vida universitaria, cultural, social y política.

No les faltan a esos maldicientes ciertos aparentes motivos para su indignación. No se puede negar que la producción está baja; que los bienes de consumo escasean y se encarecen; que las divisas extranjeras disponibles se invierten en la importación de productos tales como el aceite, el azúcar, los huevos y los garbanzos para el cocido; que al paso que llevamos, pronto habrá que importar hasta los botijos de beber agua. Pero si los murmuradores tuvieran más claro el entendimiento y menos flaca la memoria, comprenderían que todo eso es precisamente la expresión y garantía del triunfo del Caudillo sobre el gravísimo peligro que nos amenazaba hace unos cinco años.

Fué entonces, en abril de 1953, cuando, en un discurso pronunciado en Sevilla, Su Excelencia dió la voz de alarma. Era tal el impulso que su capacidad creadora había dado a la agricultura y a las obras públicas, que la abundancia estaba a punto de irrumpir en España tan impetuosamente que si no se acertaba a dominarla, encazarla, distribuirla y contenerla, produciría muy funestas consecuencias. En ese caso —advirtió el Caudillo— «moriremos ahogados en nuestra propia riqueza».

Se nos puso la carne de gallina. ¡Ahogarse en riqueza! Preferible y más noble mil veces sería morir moribundo por el hambre que desleído en una España rezumante, con olor a tocino. Nos aterraba el invasor fantasma de esa exuberancia agrícola y pecuaria irrumpiendo en las ciudades, desbordando los caminos y parando los trenes. Afortunadamente, el Caudillo se dió cuenta de adonde nos llevaba, y frenó a tiempo sus impulsos engrandecedores de la patria. No era ello cosa fácil después de la velocidad adquirida. Pero nosotros tuvimos fe en el genio militar y político de Su Excelencia, tan justamente alabado por el «Movimiento». Y, en efecto, al cabo de cinco años después de aquella voz de alarma, bien puede afirmarse que en España no hay riqueza ni abundancia, ni peligro de que nos ahogemos en ellas mientras gobierna el Caudillo.

Eso es lo que deben apreciar los vociferantes y los murmuradores. Si —repetimos— tuvieran más claro el entendimiento y menos flaca la memoria, se mostrarían contentos de su hambre y de sus privaciones, y, entre bostezo y bostezo, alabarían al Caudillo de España y Generalísimo de los Ejércitos, que tan sabia y paternalmente ha conseguido para ellos tales miserias, librándolos así de aquel terrible peligro de morir ahogados en la riqueza.

Las opiniones emitidas en los artículos firmados son de la exclusiva responsabilidad de los firmantes.

Pericles GARCIA

A título informativo

La revista «Illustrés» de Lausana —ciudad, por cierto, en donde reside la ex reina Victoria— ha publicado en su número del 2 de enero el siguiente suelto que reproducimos a título informativo.

Seis generales sucesores de Franco. — Según fuentes enteramente dignas de fe, el general Franco está decidido a dimitir de aquí a enero de 1959 en favor de una junta de seis generales que asumirían el Poder en espera de la restauración de la monarquía. Motivación de esta decisión: el fracaso definitivo de las negociaciones entre Franco y la familia real española, que se niega para siempre a aceptar la corona de manos del Caudillo.

(Pasa a la segunda pág.)

Concejal de la villa

La Unión Democrática de Estudiantes

DE ESPAÑA APOSTILLAS

(Viene de la primera pag.)
era allí Gochi, alcalde de barrio, quien, invariablemente, abandonaba a media noche la Tertulia discutiendo a veces con algún correligionario. Cuando este se iba mostraba conforme por entero con los juicios de su interlocutor, el alcalde de barrio, abusando de su autoridad, requería al sereno para que encerrase al discrepante en la «perrera», según se denominaba a los calabozos municipales del semisótano de la inmediata Casa Consistorial. Todos los españoles, por muy democratas que nos sintamos, tenemos dentro un déspota, y Gochi no faltaba a la regla. Para dejar sin efecto su arbitrariedad era preciso que otros correligionarios sacasen de la cama al teniente alcalde, también republicano, Enrique Goni. El viejo médico, hombre bonafidísimo, prestábase a desahogar la prevención, para libertar al que se atrevió a disentir de Gochi.

Original sistema de proslitismo

CIERTO día presenté a Julián Maestre en el consultorio de Nicolás Bengoa. Aquéjábanse una de esas enfermedades que todavía se llaman secretas por servir para avergonzar, en vez de compadecer, a los enfermos. Maestre, hombre pequeño y esmirriado, contó al urólogo lo que le ocurría. Bengoa, hombre alto y fornido, siempre se expresaba seca y tajantemente, empleando además gestos duros, todo para disfrazar de firmeza su voluntad tornadiza. Luego de haber oído a Maestre, le ordenó, indicándole la cama de operaciones:

—Tiéndase usted ahí.

Maestre, temeroso, obedeció. Parecía un colegial azorado, y a fe que no tenía de qué avergonzarse, ni siquiera de infidelidad conyugal por ser emperrado solterón. Una vez tendido en la camilla, bajo nueva orden imperiosa, soltóse pantalón y calzoncillos. En tanto, el galeno manipulaba con líquidos y jeringas, Maestre aguantó la cura muy convulso, no por dolor sino por miedo y por sonrojo. Bengoa le volvió a ordenar secamente:

—Levántese y vistase.

Y el urólogo pasó a pieza continua, su despacho, para extender la receta. Maestre, al descender de la camilla y sin siquiera abrocharse las prendas de ropa que lenta sueltas, sintió un apremio irresistible, angustioso. Sin duda el infeliz iba ya descompuesto o se descompuso durante aquellos minutos. Miró con ansiedad en derredor no viendo más puerta que la del despacho y la antecámara. Sudaba a chorros y, no encontrando solución discreta para su apremio, púsose a satisfacerlo en el blanco cubo esmaltado, depósito de gasas y algodones sucios. En esto, con la receta en la mano,

entró Bengoa que halló de aquella guisa a su cliente. Asíole por las solapas y, zarandeándole, le gritó:

—¡Tío cochino, marranazo; le voy a tirar a usted por la ventana!

El desdichado Maestre, desnudo de medio cuerpo para abajo, con las bragas caídas, tratándole los pies, gemía y lloraba pidiendo perdón y queriendo disculpar su tremenda falta. Bengoa le echó a empujones del consultorio, mientras llamaba a una criada para que retirase el maloliente cubo.

Si gran bochorno pasó el condeño de Ape-Arrázola en la primera visita, supóngase cual sería su azogamiento en la segunda. Entró al consultorio repleto de sus excusas del día anterior. El médico le fulminaba con miradas iracundas, ante las cuales Maestre sufría el mismo terror de un conejo ante una pantera.

Le faltó la falta que incurrió de jefé por completo a merced de Bengoa, quien desde entonces dispuso de él a su antojo.

—Usted —dijo el médico al mirer—, tiene que hacerse republicano.

—Hombre, yo —balbuceó el enfermo—, nunca he sido político y...

—He dicho —insistió energicamente Nicolás Bengoa— que ha de hacerse usted republicano y no hay más que hablar. El requerido ya no chistó. Horas después pedía su ingreso como socio en el Casino Republicano de la calle del Arrenal. Acercábanse unas elecciones municipales, y a punto de ser designados los candidatos Bengoa manifestó a quien ya figuraba como sumiso amigo suyo:

—Julián, va usted a ser concejal del Ayuntamiento de Bilbao.

Quiso el neófito republicano eludir el trance, pero de nada le valieron sus intentos.

—Será usted concejal, he dicho —reiteró Bengoa con voz de trueno—, y lo será por el distrito de la Gran Vía, donde hace falta gastar en la elección unos miles de pesetas que nadie mejor que usted puede desembolsar.

En efecto, Julián Maestre fue candidato por aquel distrito y, gastándose las pesetas necesarias, convirtióse en edil. En el Ayuntamiento, como en el seno del partido republicano, Julián Maestre continuó siendo incondicional adicto de Nicolás Bengoa, incondicionalidad surgida de aquel maldito y irrealizable apremio en el consultorio urológico de la Senda.

El billar y la Institución Libre de Enseñanza

MAESTRE acostumbra a contarme sus cuitas confesando que, bajo el triste recuerdo, no podía resistir la imperiosa voluntad de su tutor político.

En este río, disfrutaba de una concesión minera sobre parte de su cauce, un tipo pintoresco, apodado Mazzantini. La parte del cauce denunciada correspondía al lugar por donde pasaba el tranvía aéreo de la «Primitiva». A veces, los baldes pendientes del cable, por ir excesivamente colmados, dejaban caer al río pedruscos que, en derecho, pertenecían a Mazzantini, quien de cuando en cuando, valiéndose de braceros eventuales los sacaba del río —con muy poco caudal en aquel paraje—, y cargándolos en dos pollinos, los conducía hasta terreno arrendado al lado del ferrocarril, en espera de reunir varias toneladas para proceder a su venta. Esta denuncia minera me recuerda otra, atribuida al conde de Romanos, quien denunció como vacante el cauce del Manzanares, en Madrid, con la finalidad, picaresca e ingeniosa, no de buscar pepitas de oro entre la arena sino de llevarse esta en carretadas para cederla a buen precio a constructores madrileños...

El enigma de Julián Maestre se descubrió pronto y trágicamente. Una mañana, se mató en los lavabos de la cervicería La Alcacaba, disparándose un tiro en la sien. Estaba loco. Para manumitirse necesitó enloquecer.

He ahí la verídica historietita de un extraño caso —quizás sin precedentes en el mundo— de proslitismo político, caso revelador de cuán diversas circunstancias pueden ocasionar el absoluto sometimiento de un hombre a otro. Ignoro si los psicoanalistas han incluido entre ellas la pesadumbre por un acto impudico, hasta el punto de que sólo la locura y la muerte liberen al sometido.

Esta historietita, escrita a distancia de medio siglo y para lectores que no conocerán a los personajes, resultará en extremo baladí. Pero al refugiarme en el desbarajustado almacén de mis recuerdos, es lo primero que encuentro, y no tengo humor para buscar cosas de más fuste.

(Viene de la primera pag.)
Figúrese usted —me confió en recatada charla— que Nicolás se ha empeñado en que construyamos a medias una casa en Algorta para pasar los veranos, cuando yo nunca he veraneado en ninguna parte. Me resistiré cuanto pueda.

Pero, naturalmente, no pudo resistir y el chalet se levantó en las afueras de Algorta, camino de la Galea, sobre el cantil oriental del Abra, lugar magnífico.

A poco de concluido el palacete, tuvo Bengoa otra exigencia: en la planta baja había de establecerse una sala de billar.

—Pero si yo en mi vida he jugado al billar! —me decía con aire desesperado aquel hombre chiquitín y enjuto que envidiaba la talla y la corpulencia de su nuevo socio—; ¡pero si jamás tuve en mis manos un taco! Esto me parece insufrible, no aguantaré más.

Sin embargo la sala se trazó como Bengoa ideara y en medio de ella lucía magnífica mesa de billar, la mejor que pudo encontrarse.

—¡Ahora si que no transijo! —me manifestaba algo más tarde Julián Maestre con energía de la que le creí incapaz—. ¿Sabe usted lo que se le ha ocurrido a Nicolás? Pues que yo haga testamento dejando mis bienes a la Institución Libre de Enseñanza, de Madrid, de la que hasta hoy nunca oí hablar. ¡Y eso si que no, no, y no! Le vi resultado como nunca antes heube de verle, mas supuse que su resolución sería vencida. Me equivocué. Julián Maestre rió con Bengoa, abandonó la casa veraniega de Algorta y anduvo como alma en pena por las calles de Bilbao.

La cumbre del Monte Cobetas

MAESTRE, hombre hasta entonces de buen sentido financiero, comenzó a realizar negocios malos. Adquirió la cumbre del Cobetas, monte que corona el barrio bilbaíno de Basurto. ¿Con qué objeto? El Cobetas no tiene mineral ni en la cima ni en la base. Cuanto había en aquella reducida a las ruinas de un antiguo fortín. Intrigaron más que tan extraña compra, las que hizo el nuevo propietario proveyéndose de ralles viejos, chapas de hierro oxidadas, vagones y hasta pequeñas locomotoras que hacía subir, costosamente, hasta la cumbre del Cobetas.

¿En qué emplearía todos esos materiales en semejante lugar? Díose en suponer que había descubierto un filón ferrugineo sobre el cual quería guardar secreto. Pero allí, realmente, no había rastro de mineral. El yacimiento menos lejano era el de la mina «Primitiva» en la vertiente opuesta, en la cuenca del Sadagua.

En este río, disfrutaba de una concesión minera sobre parte de su cauce, un tipo pintoresco, apodado Mazzantini. La parte del cauce denunciada correspondía al lugar por donde pasaba el tranvía aéreo de la «Primitiva». A veces, los baldes pendientes del cable, por ir excesivamente colmados, dejaban caer al río pedruscos que, en derecho, pertenecían a Mazzantini, quien de cuando en cuando, valiéndose de braceros eventuales los sacaba del río —con muy poco caudal en aquel paraje—, y cargándolos en dos pollinos, los conducía hasta terreno arrendado al lado del ferrocarril, en espera de reunir varias toneladas para proceder a su venta. Esta denuncia minera me recuerda otra, atribuida al conde de Romanos, quien denunció como vacante el cauce del Manzanares, en Madrid, con la finalidad, picaresca e ingeniosa, no de buscar pepitas de oro entre la arena sino de llevarse esta en carretadas para cederla a buen precio a constructores madrileños...

El enigma de Julián Maestre se descubrió pronto y trágicamente. Una mañana, se mató en los lavabos de la cervicería La Alcacaba, disparándose un tiro en la sien. Estaba loco. Para manumitirse necesitó enloquecer.

He ahí la verídica historietita de un extraño caso —quizás sin precedentes en el mundo— de proslitismo político, caso revelador de cuán diversas circunstancias pueden ocasionar el absoluto sometimiento de un hombre a otro. Ignoro si los psicoanalistas han incluido entre ellas la pesadumbre por un acto impudico, hasta el punto de que sólo la locura y la muerte liberen al sometido.

Esta historietita, escrita a distancia de medio siglo y para lectores que no conocerán a los personajes, resultará en extremo baladí. Pero al refugiarme en el desbarajustado almacén de mis recuerdos, es lo primero que encuentro, y no tengo humor para buscar cosas de más fuste.

Indalecio PRIETO

Rectificación. — En el artículo de Indalecio Prieto «Sesión criminal», publicado en nuestro número anterior, al citar a los países que habían renunado a instalaciones de rampas para coches en sus territorios, se puso el nombre de Suecia, que no es miembro de la OTAN, en vez del de Noruega, al cual quiso referirse el autor.

(Viene de la primera pag.)
realidad la libertad humana en el ámbito político y el fuero del ciudadano, la libertad intelectual y religiosa. Como consecuencia del primer manifiesto de la UDE, algunos de los estudiantes de este grupo fueron encarcelados en junio de 1957.

Tenemos, finalmente, a los estudiantes funcionalistas, compañeros que siguen la orientación intelectual y política de un importante núcleo de pensamiento, presente en varias Universidades españolas y cuya pretensión consiste en dar una forma más moderna, rigurosa y técnica a los objetivos y a los temas del socialismo, planteando además con rigor científico los problemas que se derivan de la insoslayable incorporación económica, social y política de España a Europa.

Esta es, compañeros, nuestra Unión Democrática de Estudiantes, unión abierta, dinámica, dialógica de grupos distintos, que demuestran la vitalidad política de la Universidad española frente a la mediocridad, pequeñez y zafiedad del Partido Único, del Sindicato Único, de serviles de los oligarcas y del tirano. Nuestros grupos son, como puede verse, bien distintos, y su sola presencia unida en esta página, coincidiendo en la unidad de acción para desbarazar a la Universidad y a España del Régimen que las oprime, es ya bastante mentis a la insedia oficial que nos acusa de no ponernos de acuerdo. Falso. Estamos de acuerdo en lo esencial —no como esclavos ni como muñecos, sino conservando nuestra diversidad humana— para luchar por las libertades fundamentales del hombre, por la dignidad y el fuero universitario, por la reconstrucción de nuestra sociedad sobre bases más justas, europeas, democráticas modernas, repudiando el espíritu inquisitorial que acecha.

De la España franquista

(Viene de la cuarta pag.)
titutas. Se les daban medios, en el decreto, para regenerarse yendo por el camino bueno. Todo esto ha sido propaganda. Las casas de prostitución poco a poco han ido abriendo-se, y ello a las amas les ha costado su dinero que hay quienes han embolsado muy lindamente. Hasta en los pueblos más pequeños los prostibulos abren sus puertas.

Yo he visto en los confesionarios a muchas de estas desgraciadas. Es decir, que el cura lo sabe y la autoridad lo consiente.

Luego el decreto es un papel mojado. Otra engañifa del régimen franquista.

Todo hiede. Cuando el robo de las alhajas a la Virgen de los Reyes en Sevilla, la policía hizo sus pesquisas dentro de la catedral con permiso del cardenal Segura, que fue el enemigo número 1 de la República y después del general Franco, y tuvo que salir del templo con los dedos en las narices de la porquería que descubrió bajo sus narices. El por entonces jefe superior de Policía de la capital sevillana, don Adolfo Bretaña, quiso ahondar más en la charca inmundicia y fue destituido de plumazo. Los canónigos hicieron el cuadro. Fue vergonzoso lo que los doctores, los tresses y los saies confesaron, apretados por los interrogatorios de la policía, y lo que descubrió el señor Bretaña.

Otro botón de muestra de la condición moral de muchas gentes que tienen el pecho morado de tantos golpes como en él se dan. Se trata del robo de donativos que el fervor católico hace para el culto de una imagen. Aquí se trata de Jesús del Gran Poder, también de Sevilla. El autor fue un capillita (se llama capillita).

Son aspectos del panorama español. Vuelvo a repetir: ¡Porque España ¡Jamás cayó tan bajo! Pedro CRESPO

Bilbao, 15 diciembre 1957.



Reunión de la Comisión Ejecutiva

La Comisión Ejecutiva del Partido Socialista Obrero Español se ha reunido el lunes 30 de diciembre de 1957. Se despacharon diversos asuntos de trámite. El compañero Llopis informó de las entrevistas celebradas durante su estancia en París. Se examinaron las informaciones recibidas acerca de la situación de España. El compañero Parera dió cuenta de la situación económica del Partido y de EL SOCIALISTA.

HAUTE RHIN

Se convoca a todos los afiliados al Grupo Interdepartamental del P.S.O.E. de Haute Rhin a la asamblea General Ordinaria que tendrá lugar el día 12 de enero de 1958 en la Casa del Pueblo de Mulhouse, rue des Trois Rots, a las nueve de la mañana en primera convocatoria y a las nueve y media en segunda. Asistirá como delegado fraternal de las organizaciones hermanas P.S.-S.F.I.O. y Union Départemental P.O. el compañero A. Fesch. Se discurrirá el Orden del día de costumbre, y se elegirá el nuevo

Comité para el año 1958. — El Comité. LA GRAND'COMBE

Por la presente se convoca a todos los afiliados de la Agrupación Socialista de la Grand'Combe a asamblea general ordinaria para el día 12 de enero de 1958 en el Café Central, a las nueve y media en segunda convocatoria. Se tratará un importante Orden del día. La presencia de todos los afiliados es indispensable. A los compañeros que están suscritos a EL SOCIALISTA no se les enviará convocatoria. Por el Comité: E. secretario, M. Pérez.

Y estaremos todos. Todos los hombres con voluntad de ser libres. Sólo faltarán los que a sí mismos se excluyen: los totalitarios de cualquier color, azul, rojo o blanco. ¡Vamos a luchar, compañeros!

El parque automovilístico nacional

De una información que a «El Economista» (14-12-57), se desprende que:

—A fines de 1955 circulaban por España 255.614 vehículos automovilísticos;

—Durante el año 1956, se fabricaron 22.155, se importaron 14.721 y, suponiendo que no haya fallecido ninguno, se eleva la cifra del parque nacional a 292.490 vehículos;

—Del total, 163.430 tienen la calificación de turismo y 129.060, la de utilitarios;

—De la totalidad durante el último decenio 151.000 fueron importados y 47.324 fabricados en España, lo que da un promedio de 15.100 coches importados y 4.732 fabricados anualmente;

—La mitad, aproximadamente, corresponde a vehículos anteriores a 1956. Como del año 36 al 46; la fabricación nacional y la importación fueron casi nulas, resulta que la mitad de los vehículos que circulan por España datan del período anterior a 1936;

—Por consiguiente, el 50 por ciento del parque nacional, por viejo, vale poco y es de escaso y costoso rendimiento;

—Corresponde un coche por cada 100 españoles, mientras que en Portugal hay un coche —moderno— por cada 56;

—Como el vehículo de turismo es un artículo de lujo, más de las dos terceras partes —especialmente los modernos— del parque nacional, circulan en Madrid, Barcelona, Valencia, Bilbao, Zaragoza, San Sebastián y sus provincias respectivas.

El «amable lector» de «El Economista» pide, consecuentemente, medidas para reme-

diar tanta pobreza, abaratar los precios —pues en España cuestan los vehículos más del doble que en cualquier otro país europeo— y fabricar más. El «amable lector» no pertenece, y la duda ofende, a la clase proletaria, ni posee la ciencia económica —patrimonio de las buenas amas de casa— que aconseja no estirar la puerca más allá de donde permite la manita. La cuantía de la importación de vehículos no debe ir más allá de las necesidades ineludibles, tales como ambulancias, coches utilitarios para médicos, etc.; pero dada la cifra nacional de producción, de ella debieran sacarse sin acudir a la importación. De la fabricación nacional deben salir autocares y camiones que las necesidades del país reclaman. Es de muy mala política comprar al exterior artículos, como los vehículos de turismo o los muebles, que son necesarios para los servicios públicos o la economía, que han de pagarse en divisas cuando el Estado carece de las suficientes para las importaciones de capital maquinaria o artículos de primera necesidad o de materias primas imprescindibles. Muchas de estas importaciones, de utilidad indiscutible, son susceptibles de llegar a ser fuentes de rentable exportación o evitarían la importación de artículos manufacturados que actualmente hay que comprar al extranjero a costa de un insostenible derrame de moneda extranjera. Están justificadas las compras exteriores de carácter vital y fundamental; pero no las de índole superflua o de lujo, como sucede con los coches de uso particular. Ni siquiera se justifica la fabricación nacional cuando es de más urgente necesidad la mecanización de la agricultura, la renovación y modernización de los ferrocarriles, transportes por carre-

ter, mejora y ampliación de la red de rutas y la mecanización y racionalización de los métodos de construcción de viviendas para acelerar la realización de las necesarias y producirías a precios más bajos.

Esas conclusiones las determinan los embottellamientos económicos que padece la economía española y que son:

- Déficit de divisas;
- Déficit de acero;
- Déficit de la producción agrícola;
- Déficit de suficiencia de los medios de transporte de mercancías y pasajeros de condición modesta;
- Déficit de suficiencia en la construcción de viviendas;
- Desajuste entre la vetustez industrial y las medidas allegadas para ponerle remedio.

Y ponemos fin, no porque se haya agotado la serie de calamidades y errores, sino porque los enumerados bastan y sobran para ver con claridad la improcedencia de alimentar el mercado de coches de lujo con la producción nacional o con la importación. No solamente por lo dicho, sino además, porque a medida que aumente el parque nacional, aumentará el consumo de gasolina, el mayor gasto de divisas y el desequilibrio de la balanza comercial exterior.

España es uno de los pueblos que no pueden permitirse el pecado de malgastar. Si quiere salir vencedora de la miseria y del atraso tiene que imponerse la regla monacal de la moderación. Mejor dicho, tiene que imponerla a los ricos, ya que los trabajadores y el sector marginal de la clase media ha mucho tiempo que viven en plena morigeración.

J. B.

Desde Orán

Como ya hemos anunciado en otras ocasiones, habiendo publicado además la fotografía del busto de Pablo Iglesias tallado por las manos maestras del eminente escultor señor Chicharro Gamo, advertimos a todas las Secciones que pueden solicitar los boletines que deseen, teniendo en cuenta que la recaudación irá a engrosar la suscripción del Fondo de Ayuda a España.

En Decazeville

Escuela de capacitación Sindical-Política

Se pone en conocimiento de los afiliados a las J.J.S.S., y se invita a todos los miembros del Partido y de la Unión que deseen asistir a la reanudación de las actividades de nuestra Escuela, que el domingo día 12 de Enero, a las diez de la mañana, tendrá lugar la primera de las sesiones invernales. Este acto correrá a cargo del compañero J. Francisco Gómez, director de los cursos, que disertará sobre el tema: «De la nacionalización y la socialización al colectivismo».

Se ruega la asistencia de todos los compañeros y la mayor puntualidad. — Por el Comité: El secretario de Organización.

Letras de luto

En Folg (Ariège) víctima de larga y penosa enfermedad, falleció nuestro compañero Juan Andrés Font, contaba 56 años de edad y desde muy joven pertenecía a nuestras organizaciones de Aidez France. Juan Andrés Font, comunista de los ideales socialistas y ugetistas, desde los primeros momentos de la rebelión militar de 1936, participó voluntario al frente, permaneciendo allí hasta el final de la guerra.

Refugiado en Francia desde 1939, pasó por los campos de concentración y sufrió muchas privaciones durante la ocupación. Llegada la liberación fue uno de los más entusiastas en la formación de las Secciones de P.S.O.E. y U.G.T. de Folg. En su entorno, que fue civil, hubo gran concurrencia. Asistieron los compañeros de las Secciones P.S.O.E. y U.G.T., así como también muchos compañeros de otras organizaciones de la emigración, representantes de la S.F.I.O. y muchos franceses, pues era muy apreciado por todos los que le conocieron.

Su compañera e hijo residentes en París y su sobrino, el compañero Tellez, presidente de la Sección de Folg, saben que nuestra amistad sincera les acompaña en su dolor. Si van estas líneas para expresarle en nombre de nuestros compañeros de las organizaciones el más sentido pésame.

SE DESEA CONOCER EL PARADERO...

De Andrés Prieto López, natural de Encarnación, San Carlos, Lo Interesa Francisco Campos, recientemente llegado de España y que habita en H. T. de Paille, Mulhouse (Ht. Rhin).

Donativos para EL SOCIALISTA

Mes de Noviembre 1957

Secciones

C. D. du Gard	5.000 Frs.
Bou Aira	128 €

Corresponsales

Faugu	229 €
Oloron	142 €
Port Lyautey	144 €
Lez	94 €
La Motte	82 €
Avignon	82 €
Tours	80 €
Chagny	80 €
Commeny	80 €
La Grand'Combe	50 €

Amigos de El Socialista

Bayona

J. M. Inchausti	500 €
R. Fraquet	400 €
E. Santos	250 €
S. Eraso	250 €
M. Lopez	200 €
J. Iglesias	200 €
A. Barreneche	200 €
E. Iriarte	200 €
Mme. Eraso	200 €
F. Gómez	100 €
J. Gómez	100 €
T. Aparicio	100 €
M. Anveiral	100 €
L. Cascon	100 €
J. Barreneche	100 €
C. Jimenez	100 €
L. Ruiz	100 €
S. Echevarria	100 €
R. Martinez	100 €
J. Diaz	100 €
J. Gonzalez	100 €
F. Susperregui	100 €
Un simpatizante	150 €
A. Lopez	150 €
P. Garcia	150 €
J. Arroyo	70 €

Burdos

F. Aguilera	250 €
J. Nistal	200 €
J. Campos	150 €
J. Lopez	150 €
J. Lopez	150 €
F. Petite	100 €
C. Suarez	100 €
M. Lopez	100 €
M. Maro	100 €
B. Burgos	100 €
A. Toledano	100 €
A. Torres	100 €
S. Prudencio	50 €

Arlés

M. Ruiz	350 €
J. Rodriguez	350 €
A. Lozano	350 €
M. Cervero	150 €
V. Alcaraz	150 €

Clermont Ferrand

C. Gorriti	500 €
E. Montjans	350 €
L. Rodriguez	250 €
B. Alsa	200 €
E. Lopez	200 €
J. Moreno	200 €
R. Sanz	100 €
E. Moreno	100 €
A. Posa	100 €
J. Pérez	60 €
R. Mengual	50 €

Lectores

J. Torres	100 €
R. Villaverde	100 €
D. Torres	100 €
J. Salcia	100 €

Lectores y suscriptores

R. Roques, Orleansville	4.300 €
J. Lopez, Gao	2.000 €
M. Ruiz, Jacq	1.200 €
A. Esbernet, Andorra	1.000 €
A. Blanco, Marcella	580 €
M. Lopez, Lagnon	580 €
J. Pérez, Pailly	550 €
E. Sanchez, Rouen	300 €
S. Gonzalez, Toulouse	300 €
D. Lopez, Paris	175 €
V. Beltran, Laure Min.	200 €
A. Ayestaran, Avignon	200 €
J. Rojas, Paris	250 €
E. Lopez, Paris	250 €
M. Cubillo, Paris	250 €
J. Marquez, Gibraltar	250 €
E. Simon, Bayona	200 €
M. Saiz, Paris	200 €
L. Lasso, Moulis	200 €
J. n comp. Port Lyautey	200 €
G. Serrano, Brive	175 €
R. Pajares, Perpignan	150 €
A. Artes, Creteil	150 €
C. Azabedo, Le Croisic	150 €
L. Gascon, Bayona	150 €
L. Fernandez, Beniviles	125 €
A. Guillén, Avignon	115 €
J. Rubial, Paris	100 €
P. Suarez, St. Gratian	100 €
J. Rojas, Pau	100 €
F. Moreno, Toulouse	100 €
J. Nogué, Mazaun	100 €
M. Lopez, Perpignan	100 €
T. Amutio	

DESDE MADRID

Los últimos coletazos de la bestia

Por segunda vez en un año, Franco, de un plumazo, modifica la Ley de Enjuiciamiento Criminal

COINCIDIENDO con breves notas aparecidas en la prensa franquista acerca del asunto, el Boletín Oficial del Estado número 300, correspondiente al día 30 del pasado mes de noviembre, publicó un Decreto-Ley de la Jefatura del Estado, con fecha día 25 del mismo mes, mediante el cual se añade un nuevo párrafo al artículo 503 de la vigente Ley de Enjuiciamiento Criminal.

Como en la propia exposición de motivos del citado decreto se recuerda, el primitivo artículo 503 había sido ya modificado este mismo año por otro decreto caudal del 22 de marzo, imponiendo la prisión provisional para ciertos delitos considerados por el Caudillo particularmente peligrosos... para su tranquilidad.

Sin embargo, esta prisión provisional tenía condicionalidad en su duración, al menos en el papel, al tiempo que durase la anomalía provocada por el o los inculcados. Ahora bien, los acontecimientos posteriores, las huelgas de obreros, empleados y estudiantes que han tenido lugar en Madrid, Barcelona, el País Vasco y otros lugares de España, han probado al Gobierno franquista que las medidas hasta aquí adoptadas no son suficientes para acallar las legítimas protestas del pueblo oprimido y explotado.

Por todo ello, en uno de sus frecuentes momentos de inspiración providencial, el Caudillo de España (por la gracia de Dios) ha firmado en Madrid el Decreto-Ley que hoy ofrecemos al mundo el espectáculo tristemente ridículo del último dictador de Occidente acorralado por su propio pueblo, defendiéndose de las iras

de sus compatriotas a fuerza de decretos y de policía armada. Nosotros, los que desde siempre luchamos con todos los medios que las ocasiones nos van brindando contra la tiranía franquista, debemos congratularnos por la aparición de este decreto. No nos trae ningún riesgo que ya desde antes no nos amenazara; limita sobre el papel del Boletín unas garantías que sólo sobre ese papel vivían.

Es mejor así. Es mejor que ellos se quiten del todo la careta, y se muestren a nuestro pueblo y a todos los demás pueblos del mundo bajo su autotético aspecto de envilecimiento, terror y corrupción. Sólo conseguirán, tal vez, asustar a los pusilánimes, pero los pusilánimes nunca han estado en nuestro campo.

Compañeros del Exterior, hermanos dos veces, en la idea y en el sufrimiento glorioso, a pesar de todos los decretos que pueda escupir la pluma prostituida del enano de El Pardo, continuad viendo en nuestro periódico nuestros nombres de lucha. Continuaréis sabiendo de nuestros escritos y también de nuestros hechos. Cada día que pase estaremos más cerca de la común liberación. Herida está la Bestia de la dictadura, y ella lo sabe; por eso intenta defenderse como puede en su acorralamiento. Pero, fuera del estercolero donde se pudre en vida, ya se empieza a escuchar el paso alegre y firme del pueblo español, que marcha, implacable, hacia su libertad.

de sus compatriotas a fuerza de decretos y de policía armada. Nosotros, los que desde siempre luchamos con todos los medios que las ocasiones nos van brindando contra la tiranía franquista, debemos congratularnos por la aparición de este decreto. No nos trae ningún riesgo que ya desde antes no nos amenazara; limita sobre el papel del Boletín unas garantías que sólo sobre ese papel vivían.

Es mejor así. Es mejor que ellos se quiten del todo la careta, y se muestren a nuestro pueblo y a todos los demás pueblos del mundo bajo su autotético aspecto de envilecimiento, terror y corrupción. Sólo conseguirán, tal vez, asustar a los pusilánimes, pero los pusilánimes nunca han estado en nuestro campo.

Compañeros del Exterior, hermanos dos veces, en la idea y en el sufrimiento glorioso, a pesar de todos los decretos que pueda escupir la pluma prostituida del enano de El Pardo, continuad viendo en nuestro periódico nuestros nombres de lucha. Continuaréis sabiendo de nuestros escritos y también de nuestros hechos. Cada día que pase estaremos más cerca de la común liberación. Herida está la Bestia de la dictadura, y ella lo sabe; por eso intenta defenderse como puede en su acorralamiento. Pero, fuera del estercolero donde se pudre en vida, ya se empieza a escuchar el paso alegre y firme del pueblo español, que marcha, implacable, hacia su libertad.

Juan SIN MIEDO

Madrid, diciembre de 1957.

Recuerdos del tiempo joven

(Viene de la cuarta pág.) Miguel Moya, director de «El Liberal», me envió a un redactor y luego me vino a ver. Yo me encontraba en Murcia preparando las elecciones. Por la capital presentábamos a dos silvestras (ya todos conservadores) y los liberales, para el tercer lugar, al señor Díaz de Revenga. Moya me dijo que Castelar no podía ir por Huesca, que había representado siempre, porque Camo, el antiguo amigo suyo, no le quería votar, y pensando que no podía quedar fuera del Parlamento un hombre como Castelar, había hablado éste de la amistad que le unía conmigo y deseaba presentarse por Murcia. Yo le expliqué que nosotros habíamos educado al cuerpo electoral y se votaba con toda legalidad, y que ir por mayoría y minoría resultaba peligroso. Hablé con Silveira y me dijo que, en efecto, sería un hecho extraño que Castelar no fuese al Congreso, pero que los suyos, viéndole enfermo y viejo, le abandonaban. Le expliqué el caso, y como no podíamos sacrificar a ninguno de los nuestros, convenía que hablara el presidente o Dato con Sagasta para incluirle a que retirara a Revenga. Lo hizo, pero resultó que Sagasta sentía gran enojo hacia Castelar y se negó. Silveira me dijo que hiciese lo que pudiera y el gran tribuno se presentó en el tercer lugar. La lucha fue encarnizada. El voto de los liberales no iba contra los nuestros; más bien nos daban el que les sobra, pero a Castelar le combatían a sangre y fuego. Según nuestros cálculos dependía todo de dos secciones muy alejadas de la capital. Esos mil votos decidían. El jefe liberal de aquel pueblo era un militar retirado muy violento, don Mariano Artés. A medio día se dirigió a las masas y, con graves amenazas, exigió que se extendiera las actas dándole a Castelar toda la minoría y a Castelar nada. El representante conservador, tuerto y cojo, pero vivo como la pimentita, José Laorden, fingió angustiarse y accedió a lo que el otro exigía, pero en las certificaciones consignaron equivocadas las firmas. Artés corrió al centro de los liberales y el regocijo se conoció en toda la ciudad. No comprendíamos cómo cantaban victoria antes de la hora del escrutinio. Pero el escrutinio se hizo y las actas verdaderas dieron el triunfo a Castelar. Lo refiero porque así fue elegido a última hora el verbo de la democracia. Este murió antes de aprobarse el acta, y después Sagasta logró que se proclamase a Revenga. Ya no había interés en contrario, y aunque no era justo, el Gobierno quiso complacer al jefe liberal.

Cierva reconoce la ficción en que se basaban esos comités políticos, cualquiera fuese el color con que se adornasen; pero esa precisamente es la demostración de que no habían educado al elector para que votase ni para que tuviera ideales. Todo era una mentira. El cojo listo como una pimentita que movió la victoria a Castelar se dio bajo el resorte de Cierva, jefe político de la provincia murciana, a quien acude don Miguel Moya, director de «El Liberal», órgano de la democracia republicana, en réplica de un desconocido pucherazo que evite a Castelar, en la agonía, la tristeza de quedarse sin acta. Todo, querido lector, triste y edificante. Todavía lo es más la siguiente anécdota que Cierva refiere en sus memorias.

Romero Robledo, en los primeros años de la Restauración, reunita a la salida de los teatros, una famosa tertulia a la que asistían Ducazal, Pepe el Huevero, diputados y senadores llamados los hueseros y otros, mezclándose los hombres serios y honorables con los que cultivaban y adulaban al ministro buscando puestos y protección. Romero hacía que los directores y jefes de sección fueran acumulando los expedientes sobre la gran mesa del salón rojo. Pasaban días, y ante los apremios de sus subordinados se decidió a firmar, y aquel hombre, esencialmente político, firmaba y echaba al suelo el expediente a la vez que seguía la conversación picaresca sobre anécdotas y galanesos de la Villa y Corte. Muy tarde empezaban los chocolates y buñuelos, y ya muy de día el ministro regresaba a su hogar. El portero mayor, al terminar la velada, comprobaba si los objetos de valor estaban en su sitio, y sólo entonces se retiraba a sus habitaciones. Una de esas mañanas vió con pánico que la gran lámpara de plata del despacho del ministro había desaparecido, y él la había visto lucir hasta última hora. Tomó un coche y fué a la casa de Romero; éste no quería recibirle porque se acababa de acostar, pero insistió el portero y le refirió conmovido lo que pasaba. El ministro reflexionó y le dijo: «Vaya usted ahora mismo a casa de X (uno de la tertulia), que tal vez la tenga él». Y fué, y gritó, y allí estaba.

Cierva, conservador, retrata admirablemente a sus correligionarios. La España de la restauración era una sentina y Romero Robledo, amigo del célebre Pepe el Huevero, de historia tan singular en la picaresca municipal madrileña, el protector de cuantos maleantes merodeaban por los alrededores del ministerio de la Gobernación. ¡Qué difícil destruir todo aquello!

No obstante, el pueblo había luchado años atrás. Se había excedido en la lucha. Vino la República del 11 de febrero de 1873 por el voto de unas Cortes elegidas para servir a la monarquía de don Amadeo. Vino sin republicanos. En veinticuatro horas, como Cierva dice anteriormente, España se llenó de comités extremistas. Fracasó Figueras, presidente unos días, que huyó a Francia sin despedirse ni de sus ministros; ocupó tan alto sitio Pi y Margall y surgió el Cantón en Andalucía y en Levante, dominado a tiro limpio por los generales alfonsoinos, obligados a batirse al mismo tiempo con los carlistas; le sustituyó Salmerón, otra gloria nacional, tan austero como sus antecesores, filósofo eminente. En Cartagena había estallado el Cantón y los Gobiernos de la República y los generales que conspiraban por la monarquía eran impotentes contra las violencias de los cartageneros, acudidos por un intelectual de nombradía, Roque Barcia, autor de un diccionario etimológico que conserva aún su prestigio, y por un hombre del pueblo, Antonio Gálvez (Antofé), que habían abandonado los escaños parlamentarios para empuñar las armas contra la República unitaria. «O la República o la muerte!» En febrero fué proclamada la República, en agosto ardió Cartagena, y ardiendo estuvo hasta después del golpe de Estado del general Pavía, que disolvió el Congreso de los diputados sin pena ni gloria. ¡Pudo reprimir la República la sublevación cartagenera? Es indudable; pero don Nicolás Salmerón se negó a firmar sentencias de muerte, y a restablecer la disciplina en el Ejército. He aquí sus trágicas declaraciones del 4 de septiembre de 1873: «Elegido por la mayoría de la Asamblea, me encuentro con esta opinión mayoritaria, y con ella la opinión del país, me imponen que se restablezca la disciplina del Ejército y acabe la guerra civil, apelando a procedimientos que, si bien los considero indispensables, pugnan contra mi conciencia; y yo no me siento con fuerzas para contrariar los impulsos de mi ánimo y no puedo continuar siendo Gobierno, por más que crea necesario que hoy, para gobernar, se ha de PRESCINDIR DE MUCHOS principios de nuestro partido.»

¡Qué grandeza la de Salmerón! Se salvaron los principios, pero se hundió la República. Porque después ocupó la Presidencia del Poder ejecutivo don Emilio Castelar, cerró las Cortes, hizo cuanto pudo por restaurar la disciplina en el Ejército, pero el Cantón de Cartagena seguía ardiendo, sublevada la escuadra y amenazadas frecuentemente las provincias limítrofes. Castelar acudió al Parlamento el 2 de enero. Salmerón fué de nuevo el filósofo irreducible. Sin vacilar, conociendo lo que arriesgaba, se situó frente a

heral, órgano de la democracia republicana, en réplica de un desconocido pucherazo que evite a Castelar, en la agonía, la tristeza de quedarse sin acta. Todo, querido lector, triste y edificante. Todavía lo es más la siguiente anécdota que Cierva refiere en sus memorias.

Romero Robledo, en los primeros años de la Restauración, reunita a la salida de los teatros, una famosa tertulia a la que asistían Ducazal, Pepe el Huevero, diputados y senadores llamados los hueseros y otros, mezclándose los hombres serios y honorables con los que cultivaban y adulaban al ministro buscando puestos y protección. Romero hacía que los directores y jefes de sección fueran acumulando los expedientes sobre la gran mesa del salón rojo. Pasaban días, y ante los apremios de sus subordinados se decidió a firmar, y aquel hombre, esencialmente político, firmaba y echaba al suelo el expediente a la vez que seguía la conversación picaresca sobre anécdotas y galanesos de la Villa y Corte. Muy tarde empezaban los chocolates y buñuelos, y ya muy de día el ministro regresaba a su hogar. El portero mayor, al terminar la velada, comprobaba si los objetos de valor estaban en su sitio, y sólo entonces se retiraba a sus habitaciones. Una de esas mañanas vió con pánico que la gran lámpara de plata del despacho del ministro había desaparecido, y él la había visto lucir hasta última hora. Tomó un coche y fué a la casa de Romero; éste no quería recibirle porque se acababa de acostar, pero insistió el portero y le refirió conmovido lo que pasaba. El ministro reflexionó y le dijo: «Vaya usted ahora mismo a casa de X (uno de la tertulia), que tal vez la tenga él». Y fué, y gritó, y allí estaba.

Cierva, conservador, retrata admirablemente a sus correligionarios. La España de la restauración era una sentina y Romero Robledo, amigo del célebre Pepe el Huevero, de historia tan singular en la picaresca municipal madrileña, el protector de cuantos maleantes merodeaban por los alrededores del ministerio de la Gobernación. ¡Qué difícil destruir todo aquello!

No obstante, el pueblo había luchado años atrás. Se había excedido en la lucha. Vino la República del 11 de febrero de 1873 por el voto de unas Cortes elegidas para servir a la monarquía de don Amadeo. Vino sin republicanos. En veinticuatro horas, como Cierva dice anteriormente, España se llenó de comités extremistas. Fracasó Figueras, presidente unos días, que huyó a Francia sin despedirse ni de sus ministros; ocupó tan alto sitio Pi y Margall y surgió el Cantón en Andalucía y en Levante, dominado a tiro limpio por los generales alfonsoinos, obligados a batirse al mismo tiempo con los carlistas; le sustituyó Salmerón, otra gloria nacional, tan austero como sus antecesores, filósofo eminente. En Cartagena había estallado el Cantón y los Gobiernos de la República y los generales que conspiraban por la monarquía eran impotentes contra las violencias de los cartageneros, acudidos por un intelectual de nombradía, Roque Barcia, autor de un diccionario etimológico que conserva aún su prestigio, y por un hombre del pueblo, Antonio Gálvez (Antofé), que habían abandonado los escaños parlamentarios para empuñar las armas contra la República unitaria. «O la República o la muerte!» En febrero fué proclamada la República, en agosto ardió Cartagena, y ardiendo estuvo hasta después del golpe de Estado del general Pavía, que disolvió el Congreso de los diputados sin pena ni gloria. ¡Pudo reprimir la República la sublevación cartagenera? Es indudable; pero don Nicolás Salmerón se negó a firmar sentencias de muerte, y a restablecer la disciplina en el Ejército. He aquí sus trágicas declaraciones del 4 de septiembre de 1873: «Elegido por la mayoría de la Asamblea, me encuentro con esta opinión mayoritaria, y con ella la opinión del país, me imponen que se restablezca la disciplina del Ejército y acabe la guerra civil, apelando a procedimientos que, si bien los considero indispensables, pugnan contra mi conciencia; y yo no me siento con fuerzas para contrariar los impulsos de mi ánimo y no puedo continuar siendo Gobierno, por más que crea necesario que hoy, para gobernar, se ha de PRESCINDIR DE MUCHOS principios de nuestro partido.»

¡Qué grandeza la de Salmerón! Se salvaron los principios, pero se hundió la República. Porque después ocupó la Presidencia del Poder ejecutivo don Emilio Castelar, cerró las Cortes, hizo cuanto pudo por restaurar la disciplina en el Ejército, pero el Cantón de Cartagena seguía ardiendo, sublevada la escuadra y amenazadas frecuentemente las provincias limítrofes. Castelar acudió al Parlamento el 2 de enero. Salmerón fué de nuevo el filósofo irreducible. Sin vacilar, conociendo lo que arriesgaba, se situó frente a

heral, órgano de la democracia republicana, en réplica de un desconocido pucherazo que evite a Castelar, en la agonía, la tristeza de quedarse sin acta. Todo, querido lector, triste y edificante. Todavía lo es más la siguiente anécdota que Cierva refiere en sus memorias.

Romero Robledo, en los primeros años de la Restauración, reunita a la salida de los teatros, una famosa tertulia a la que asistían Ducazal, Pepe el Huevero, diputados y senadores llamados los hueseros y otros, mezclándose los hombres serios y honorables con los que cultivaban y adulaban al ministro buscando puestos y protección. Romero hacía que los directores y jefes de sección fueran acumulando los expedientes sobre la gran mesa del salón rojo. Pasaban días, y ante los apremios de sus subordinados se decidió a firmar, y aquel hombre, esencialmente político, firmaba y echaba al suelo el expediente a la vez que seguía la conversación picaresca sobre anécdotas y galanesos de la Villa y Corte. Muy tarde empezaban los chocolates y buñuelos, y ya muy de día el ministro regresaba a su hogar. El portero mayor, al terminar la velada, comprobaba si los objetos de valor estaban en su sitio, y sólo entonces se retiraba a sus habitaciones. Una de esas mañanas vió con pánico que la gran lámpara de plata del despacho del ministro había desaparecido, y él la había visto lucir hasta última hora. Tomó un coche y fué a la casa de Romero; éste no quería recibirle porque se acababa de acostar, pero insistió el portero y le refirió conmovido lo que pasaba. El ministro reflexionó y le dijo: «Vaya usted ahora mismo a casa de X (uno de la tertulia), que tal vez la tenga él». Y fué, y gritó, y allí estaba.

Cierva, conservador, retrata admirablemente a sus correligionarios. La España de la restauración era una sentina y Romero Robledo, amigo del célebre Pepe el Huevero, de historia tan singular en la picaresca municipal madrileña, el protector de cuantos maleantes merodeaban por los alrededores del ministerio de la Gobernación. ¡Qué difícil destruir todo aquello!

No obstante, el pueblo había luchado años atrás. Se había excedido en la lucha. Vino la República del 11 de febrero de 1873 por el voto de unas Cortes elegidas para servir a la monarquía de don Amadeo. Vino sin republicanos. En veinticuatro horas, como Cierva dice anteriormente, España se llenó de comités extremistas. Fracasó Figueras, presidente unos días, que huyó a Francia sin despedirse ni de sus ministros; ocupó tan alto sitio Pi y Margall y surgió el Cantón en Andalucía y en Levante, dominado a tiro limpio por los generales alfonsoinos, obligados a batirse al mismo tiempo con los carlistas; le sustituyó Salmerón, otra gloria nacional, tan austero como sus antecesores, filósofo eminente. En Cartagena había estallado el Cantón y los Gobiernos de la República y los generales que conspiraban por la monarquía eran impotentes contra las violencias de los cartageneros, acudidos por un intelectual de nombradía, Roque Barcia, autor de un diccionario etimológico que conserva aún su prestigio, y por un hombre del pueblo, Antonio Gálvez (Antofé), que habían abandonado los escaños parlamentarios para empuñar las armas contra la República unitaria. «O la República o la muerte!» En febrero fué proclamada la República, en agosto ardió Cartagena, y ardiendo estuvo hasta después del golpe de Estado del general Pavía, que disolvió el Congreso de los diputados sin pena ni gloria. ¡Pudo reprimir la República la sublevación cartagenera? Es indudable; pero don Nicolás Salmerón se negó a firmar sentencias de muerte, y a restablecer la disciplina en el Ejército. He aquí sus trágicas declaraciones del 4 de septiembre de 1873: «Elegido por la mayoría de la Asamblea, me encuentro con esta opinión mayoritaria, y con ella la opinión del país, me imponen que se restablezca la disciplina del Ejército y acabe la guerra civil, apelando a procedimientos que, si bien los considero indispensables, pugnan contra mi conciencia; y yo no me siento con fuerzas para contrariar los impulsos de mi ánimo y no puedo continuar siendo Gobierno, por más que crea necesario que hoy, para gobernar, se ha de PRESCINDIR DE MUCHOS principios de nuestro partido.»

¡Qué grandeza la de Salmerón! Se salvaron los principios, pero se hundió la República. Porque después ocupó la Presidencia del Poder ejecutivo don Emilio Castelar, cerró las Cortes, hizo cuanto pudo por restaurar la disciplina en el Ejército, pero el Cantón de Cartagena seguía ardiendo, sublevada la escuadra y amenazadas frecuentemente las provincias limítrofes. Castelar acudió al Parlamento el 2 de enero. Salmerón fué de nuevo el filósofo irreducible. Sin vacilar, conociendo lo que arriesgaba, se situó frente a

heral, órgano de la democracia republicana, en réplica de un desconocido pucherazo que evite a Castelar, en la agonía, la tristeza de quedarse sin acta. Todo, querido lector, triste y edificante. Todavía lo es más la siguiente anécdota que Cierva refiere en sus memorias.

Romero Robledo, en los primeros años de la Restauración, reunita a la salida de los teatros, una famosa tertulia a la que asistían Ducazal, Pepe el Huevero, diputados y senadores llamados los hueseros y otros, mezclándose los hombres serios y honorables con los que cultivaban y adulaban al ministro buscando puestos y protección. Romero hacía que los directores y jefes de sección fueran acumulando los expedientes sobre la gran mesa del salón rojo. Pasaban días, y ante los apremios de sus subordinados se decidió a firmar, y aquel hombre, esencialmente político, firmaba y echaba al suelo el expediente a la vez que seguía la conversación picaresca sobre anécdotas y galanesos de la Villa y Corte. Muy tarde empezaban los chocolates y buñuelos, y ya muy de día el ministro regresaba a su hogar. El portero mayor, al terminar la velada, comprobaba si los objetos de valor estaban en su sitio, y sólo entonces se retiraba a sus habitaciones. Una de esas mañanas vió con pánico que la gran lámpara de plata del despacho del ministro había desaparecido, y él la había visto lucir hasta última hora. Tomó un coche y fué a la casa de Romero; éste no quería recibirle porque se acababa de acostar, pero insistió el portero y le refirió conmovido lo que pasaba. El ministro reflexionó y le dijo: «Vaya usted ahora mismo a casa de X (uno de la tertulia), que tal vez la tenga él». Y fué, y gritó, y allí estaba.

Cierva, conservador, retrata admirablemente a sus correligionarios. La España de la restauración era una sentina y Romero Robledo, amigo del célebre Pepe el Huevero, de historia tan singular en la picaresca municipal madrileña, el protector de cuantos maleantes merodeaban por los alrededores del ministerio de la Gobernación. ¡Qué difícil destruir todo aquello!

No obstante, el pueblo había luchado años atrás. Se había excedido en la lucha. Vino la República del 11 de febrero de 1873 por el voto de unas Cortes elegidas para servir a la monarquía de don Amadeo. Vino sin republicanos. En veinticuatro horas, como Cierva dice anteriormente, España se llenó de comités extremistas. Fracasó Figueras, presidente unos días, que huyó a Francia sin despedirse ni de sus ministros; ocupó tan alto sitio Pi y Margall y surgió el Cantón en Andalucía y en Levante, dominado a tiro limpio por los generales alfonsoinos, obligados a batirse al mismo tiempo con los carlistas; le sustituyó Salmerón, otra gloria nacional, tan austero como sus antecesores, filósofo eminente. En Cartagena había estallado el Cantón y los Gobiernos de la República y los generales que conspiraban por la monarquía eran impotentes contra las violencias de los cartageneros, acudidos por un intelectual de nombradía, Roque Barcia, autor de un diccionario etimológico que conserva aún su prestigio, y por un hombre del pueblo, Antonio Gálvez (Antofé), que habían abandonado los escaños parlamentarios para empuñar las armas contra la República unitaria. «O la República o la muerte!» En febrero fué proclamada la República, en agosto ardió Cartagena, y ardiendo estuvo hasta después del golpe de Estado del general Pavía, que disolvió el Congreso de los diputados sin pena ni gloria. ¡Pudo reprimir la República la sublevación cartagenera? Es indudable; pero don Nicolás Salmerón se negó a firmar sentencias de muerte, y a restablecer la disciplina en el Ejército. He aquí sus trágicas declaraciones del 4 de septiembre de 1873: «Elegido por la mayoría de la Asamblea, me encuentro con esta opinión mayoritaria, y con ella la opinión del país, me imponen que se restablezca la disciplina del Ejército y acabe la guerra civil, apelando a procedimientos que, si bien los considero indispensables, pugnan contra mi conciencia; y yo no me siento con fuerzas para contrariar los impulsos de mi ánimo y no puedo continuar siendo Gobierno, por más que crea necesario que hoy, para gobernar, se ha de PRESCINDIR DE MUCHOS principios de nuestro partido.»

¡Qué grandeza la de Salmerón! Se salvaron los principios, pero se hundió la República. Porque después ocupó la Presidencia del Poder ejecutivo don Emilio Castelar, cerró las Cortes, hizo cuanto pudo por restaurar la disciplina en el Ejército, pero el Cantón de Cartagena seguía ardiendo, sublevada la escuadra y amenazadas frecuentemente las provincias limítrofes. Castelar acudió al Parlamento el 2 de enero. Salmerón fué de nuevo el filósofo irreducible. Sin vacilar, conociendo lo que arriesgaba, se situó frente a

heral, órgano de la democracia republicana, en réplica de un desconocido pucherazo que evite a Castelar, en la agonía, la tristeza de quedarse sin acta. Todo, querido lector, triste y edificante. Todavía lo es más la siguiente anécdota que Cierva refiere en sus memorias.

Romero Robledo, en los primeros años de la Restauración, reunita a la salida de los teatros, una famosa tertulia a la que asistían Ducazal, Pepe el Huevero, diputados y senadores llamados los hueseros y otros, mezclándose los hombres serios y honorables con los que cultivaban y adulaban al ministro buscando puestos y protección. Romero hacía que los directores y jefes de sección fueran acumulando los expedientes sobre la gran mesa del salón rojo. Pasaban días, y ante los apremios de sus subordinados se decidió a firmar, y aquel hombre, esencialmente político, firmaba y echaba al suelo el expediente a la vez que seguía la conversación picaresca sobre anécdotas y galanesos de la Villa y Corte. Muy tarde empezaban los chocolates y buñuelos, y ya muy de día el ministro regresaba a su hogar. El portero mayor, al terminar la velada, comprobaba si los objetos de valor estaban en su sitio, y sólo entonces se retiraba a sus habitaciones. Una de esas mañanas vió con pánico que la gran lámpara de plata del despacho del ministro había desaparecido, y él la había visto lucir hasta última hora. Tomó un coche y fué a la casa de Romero; éste no quería recibirle porque se acababa de acostar, pero insistió el portero y le refirió conmovido lo que pasaba. El ministro reflexionó y le dijo: «Vaya usted ahora mismo a casa de X (uno de la tertulia), que tal vez la tenga él». Y fué, y gritó, y allí estaba.

Cierva, conservador, retrata admirablemente a sus correligionarios. La España de la restauración era una sentina y Romero Robledo, amigo del célebre Pepe el Huevero, de historia tan singular en la picaresca municipal madrileña, el protector de cuantos maleantes merodeaban por los alrededores del ministerio de la Gobernación. ¡Qué difícil destruir todo aquello!

No obstante, el pueblo había luchado años atrás. Se había excedido en la lucha. Vino la República del 11 de febrero de 1873 por el voto de unas Cortes elegidas para servir a la monarquía de don Amadeo. Vino sin republicanos. En veinticuatro horas, como Cierva dice anteriormente, España se llenó de comités extremistas. Fracasó Figueras, presidente unos días, que huyó a Francia sin despedirse ni de sus ministros; ocupó tan alto sitio Pi y Margall y surgió el Cantón en Andalucía y en Levante, dominado a tiro limpio por los generales alfonsoinos, obligados a batirse al mismo tiempo con los carlistas; le sustituyó Salmerón, otra gloria nacional, tan austero como sus antecesores, filósofo eminente. En Cartagena había estallado el Cantón y los Gobiernos de la República y los generales que conspiraban por la monarquía eran impotentes contra las violencias de los cartageneros, acudidos por un intelectual de nombradía, Roque Barcia, autor de un diccionario etimológico que conserva aún su prestigio, y por un hombre del pueblo, Antonio Gálvez (Antofé), que habían abandonado los escaños parlamentarios para empuñar las armas contra la República unitaria. «O la República o la muerte!» En febrero fué proclamada la República, en agosto ardió Cartagena, y ardiendo estuvo hasta después del golpe de Estado del general Pavía, que disolvió el Congreso de los diputados sin pena ni gloria. ¡Pudo reprimir la República la sublevación cartagenera? Es indudable; pero don Nicolás Salmerón se negó a firmar sentencias de muerte, y a restablecer la disciplina en el Ejército. He aquí sus trágicas declaraciones del 4 de septiembre de 1873: «Elegido por la mayoría de la Asamblea, me encuentro con esta opinión mayoritaria, y con ella la opinión del país, me imponen que se restablezca la disciplina del Ejército y acabe la guerra civil, apelando a procedimientos que, si bien los considero indispensables, pugnan contra mi conciencia; y yo no me siento con fuerzas para contrariar los impulsos de mi ánimo y no puedo continuar siendo Gobierno, por más que crea necesario que hoy, para gobernar, se ha de PRESCINDIR DE MUCHOS principios de nuestro partido.»

¡Qué grandeza la de Salmerón! Se salvaron los principios, pero se hundió la República. Porque después ocupó la Presidencia del Poder ejecutivo don Emilio Castelar, cerró las Cortes, hizo cuanto pudo por restaurar la disciplina en el Ejército, pero el Cantón de Cartagena seguía ardiendo, sublevada la escuadra y amenazadas frecuentemente las provincias limítrofes. Castelar acudió al Parlamento el 2 de enero. Salmerón fué de nuevo el filósofo irreducible. Sin vacilar, conociendo lo que arriesgaba, se situó frente a

de sus compatriotas a fuerza de decretos y de policía armada. Nosotros, los que desde siempre luchamos con todos los medios que las ocasiones nos van brindando contra la tiranía franquista, debemos congratularnos por la aparición de este decreto. No nos trae ningún riesgo que ya desde antes no nos amenazara; limita sobre el papel del Boletín unas garantías que sólo sobre ese papel vivían.

Es mejor así. Es mejor que ellos se quiten del todo la careta, y se muestren a nuestro pueblo y a todos los demás pueblos del mundo bajo su autotético aspecto de envilecimiento, terror y corrupción. Sólo conseguirán, tal vez, asustar a los pusilánimes, pero los pusilánimes nunca han estado en nuestro campo.

Compañeros del Exterior, hermanos dos veces, en la idea y en el sufrimiento glorioso, a pesar de todos los decretos que pueda escupir la pluma prostituida del enano de El Pardo, continuad viendo en nuestro periódico nuestros nombres de lucha. Continuaréis sabiendo de nuestros escritos y también de nuestros hechos. Cada día que pase estaremos más cerca de la común liberación. Herida está la Bestia de la dictadura, y ella lo sabe; por eso intenta defenderse como puede en su acorralamiento. Pero, fuera del estercolero donde se pudre en vida, ya se empieza a escuchar el paso alegre y firme del pueblo español, que marcha, implacable, hacia su libertad.

Juan SIN MIEDO
Madrid, diciembre de 1957.

Una declaración del señor Gordón Ordás

Con el título «Lo que fulmos, lo que somos, lo que seremos», don Félix Gordón Ordás, con fecha 1 de enero, ha hecho una extensa declaración a título de Presidente del Gobierno de la República española en Esti. Después de reproducir una gran parte de la Declaración ministerial de noviembre de 1951, el señor Gordón continúa de esta manera:

«Así fuimos ayer, así somos hoy y así seremos mañana. Las normas que tan claramente nos trazamos en ese aspecto fundamental de nuestro empeño las hemos seguido fielmente, acentuando más y más sus órdenes, españoles de la querían las circunstancias evolutivas en el transcurrir del tiempo. Nadie podrá demostrar la existencia en nuestros trabajos sucesivos de alguna desviación esencial respecto a los compromisos que voluntariamente aceptamos.

Mantuvimos, mantenemos y mantendremos la posición legítima de la República — «afirmamos el principio de nuestro derecho», decíamos en el Memorandum de 31 de diciembre de 1954 en que ofrecimos una fórmula de transacción para la solución pacífica del problema español — y nunca estuvimos, ni estamos, ni estaremos dispuestos a consentir en el destierro de la disolución de las Instituciones republicanas.

Mantuvimos, mantenemos y mantendremos «nuestra más terminante repulsa» contra todo propósito de restablecer en España cualquier otro régimen que no sea el republicano, a menos de que la soberanía popular lo decida mediante el libre ejercicio de su derecho indiscutible y respetable.

Mantuvimos, mantenemos y mantendremos nuestro reconocimiento de la posibilidad de que en los «años transcurridos desde que se inició la gran traición» hayan cambiado «en el interior los pensamientos y sentimientos políticos» y continuamos resueltamente dispuestos a someter nuestro criterio «al fallo de unas elecciones sinceras celebradas en cuanto España haya recobrado sus libertades».

Mantuvimos, mantenemos y mantendremos la necesidad de obtener — y a conseguirlo — dedicamos esfuerzos incansables — una coordinación muy estrecha entre los distintos grupos republicanos del exilio «que aman la libertad del hombre

de sus compatriotas a fuerza de decretos y de policía armada. Nosotros, los que desde siempre luchamos con todos los medios que las ocasiones nos van brindando contra la tiranía franquista, debemos congratularnos por la aparición de este decreto. No nos trae ningún riesgo que ya desde antes no nos amenazara; limita sobre el papel del Boletín unas garantías que sólo sobre ese papel vivían.

Es mejor así. Es mejor que ellos se quiten del todo la careta, y se muestren a nuestro pueblo y a todos los demás pueblos del mundo bajo su autotético aspecto de envilecimiento, terror y corrupción. Sólo conseguirán, tal vez, asustar a los pusilánimes, pero los pusilánimes nunca han estado en nuestro campo.

Compañeros del Exterior, hermanos dos veces, en la idea y en el sufrimiento glorioso, a pesar de todos los decretos que pueda escupir la pluma prostituida del enano de El Pardo, continuad viendo en nuestro periódico nuestros nombres de lucha. Continuaréis sabiendo de nuestros escritos y también de nuestros hechos. Cada día que pase estaremos más cerca de la común liberación. Herida está la Bestia de la dictadura, y ella lo sabe; por eso intenta defenderse como puede en su acorralamiento. Pero, fuera del estercolero donde se pudre en vida, ya se empieza a escuchar el paso alegre y firme del pueblo español, que marcha, implacable, hacia su libertad.

Juan SIN MIEDO
Madrid, diciembre de 1957.

Compañeros del Exterior, hermanos dos veces, en la idea y en el sufrimiento glorioso, a pesar de todos los decretos que pueda escupir la pluma prostituida del enano de El Pardo, continuad viendo en nuestro periódico nuestros nombres de lucha. Continuaréis sabiendo de nuestros escritos y también de nuestros hechos. Cada día que pase estaremos más cerca de la común liberación. Herida está la Bestia de la dictadura, y ella lo sabe; por eso intenta defenderse como puede en su acorralamiento. Pero, fuera del estercolero donde se pudre en vida, ya se empieza a escuchar el paso alegre y firme del pueblo español, que marcha, implacable, hacia su libertad.

Juan SIN MIEDO
Madrid, diciembre de 1957.

de sus compatriotas a fuerza de decretos y de policía armada. Nosotros, los que desde siempre luchamos con todos los medios que las ocasiones nos van brindando contra la tiranía franquista, debemos congratularnos por la aparición de este decreto. No nos trae ningún riesgo que ya desde antes no nos amenazara; limita sobre el papel del Boletín unas garantías que sólo sobre ese papel vivían.

Es mejor así. Es mejor que ellos se quiten del todo la careta, y se muestren a nuestro pueblo y a todos los demás pueblos del mundo bajo su autotético aspecto de envilecimiento, terror y corrupción. Sólo conseguirán, tal vez, asustar a los pusilánimes, pero los pusilánimes nunca han estado en nuestro campo.

Compañeros del Exterior, hermanos dos veces, en la idea y en el sufrimiento glorioso, a pesar de todos los decretos que pueda escupir la pluma prostituida del enano de El Pardo, continuad viendo en nuestro periódico nuestros nombres de lucha. Continuaréis sabiendo de nuestros escritos y también de nuestros hechos. Cada día que pase estaremos más cerca de la común liberación. Herida está la Bestia de la dictadura, y ella lo sabe; por eso intenta defenderse como puede en su acorralamiento. Pero, fuera del estercolero donde se pudre en vida, ya se empieza a escuchar el paso alegre y firme del pueblo español, que marcha, implacable, hacia su libertad.

Juan SIN MIEDO
Madrid, diciembre de 1957.

Compañeros del Exterior, hermanos dos veces, en la idea y en el sufrimiento glorioso, a pesar de todos los decretos que pueda escupir la pluma prostituida del enano de El Pardo, continuad viendo en nuestro periódico nuestros nombres de lucha. Continuaréis sabiendo de nuestros escritos y también de nuestros hechos. Cada día que pase estaremos más cerca de la común liberación. Herida está la Bestia de la dictadura, y ella lo sabe; por eso intenta defenderse como puede en su acorralamiento. Pero, fuera del estercolero donde se pudre en vida, ya se empieza a escuchar el paso alegre y firme del pueblo español, que marcha, implacable, hacia su libertad.

Juan SIN MIEDO
Madrid, diciembre de 1957.

La Internacional de Servicios Públicos

Extracto de un artículo de Paul Tofarn, secretario general de la Confederación Internacional de Federaciones de Funcionarios y Personal de los Servicios Públicos.

A reunión de Oslo, del 19 al 23 de agosto pasado, del Comité Ejecutivo y del Consejo General de la Federación Internacional de Federaciones de Funcionarios y Personal de los Servicios Públicos, marcó el jubileo de la organización. Fundada en Stuttgart hace cincuenta años, la Internacional de Personal de los Servicios Públicos se fusionó más tarde con la Internacional de Funcionarios, lo que dio origen a la organización actual, que agrupa a más de millón y medio de miembros de diferentes países del mundo.

El jubileo se inició con un gran concierto. Después, el poeta noruego Arne Paasche Aasen comparó las costumbres de hace medio siglo con las actuales condiciones del personal de los servicios públicos en diversos países. Tras evocar los progresos de la organización, su presidente, Adol Kummer, definió las futuras tareas que la incumben.

El Comité Ejecutivo y el Consejo General se ocuparon especialmente de las actividades de la Confederación en los países extraeuropeos. Paul Tofarn, secretario general, informó respecto a la cuestión. Anunció que se han renovado antiguos contactos y se han establecido nuevas relaciones con los Sindicatos de Funcionarios de los Servicios Públicos de los Estados Unidos, del Canadá y de diversos países latinoamericanos. Los lazos de amistad creados con la Federación Mexicana de Trabajadores al Servicio del Estado culminaron en 1955 en un pacto, ampliado durante la reciente visita a Méjico del secretario general de la Confederación, a cuyo próximo Congreso asistirán representantes



El "silencio" del Padre Olaso

PARIS, (OPE). — El sacerdote vasco Dr. Olaso, tan conocido por los oyentes de la emisión de lengua española de la RTV, nos comunica la siguiente explicación de su silencio:

«Un deber moral me obliga a dar a mis radioyentes las razones que han motivado el cese de mi colaboración semanal en el programa de lengua española de la Radiodifusión Francesa. Desde noviembre de 1946 he venido transmitiendo mi crónica radiada. Nunca hubo una sola interrupción. En más de mil emisiones se han leído 576 charlas, que hacen un volumen de 2.500 páginas aproximadamente. La Radiodifusión calcula en unos 4 millones el inmenso público que escucha este programa, y en unos 10 millones las personas a que llegaba, más o menos, su influencia. Buena prueba de ello son las innumerables cartas recibidas de sus oyentes por el sacerdote Dr. Olaso. Correspondencia la más variada, y emocionante; desde el simple encargo de una gestión hasta la sencilla felicitación, la dura crítica y el insulto. Sobre todo, quedan en el archivo, las cartas íntimas y de problemas de conciencia, que revelan la confianza total que muchísimos radioescuchas depositaron en el sacerdote, autor de las crónicas. Estas constituyen el programa más oído de la Sección de Lengua española de la Radiodifusión Francesa, que llegó a superar, en número de oyentes, a todas las emisiones extranjeras en lengua española de las radios de todo el mundo.

«Mis radioescuchas conocen perfectamente el carácter de esas crónicas: se trataba de proclamar principios éticos y de moral natural, y de aplicarlos a los hechos de cada día, teniendo siempre en cuenta la situación espiritual y las exigencias de la vida humana. Nunca quise hablar por hablar, ni estudiar temas irrelevantes e imaginarios. Mi afán consistió en encarnar las ideas, en aplicar las doctrinas a los hechos, en aplicar con la mayor sencillez postulados de honradez, de rectitud, de justicia y de caridad, con la mira puesta en mis oyentes. Sobre todo, me constituí en defensor de la libertad humana, villipendiada y ultrajada.

«Naturalmente, esta línea de conducta había de provocar fuertes reacciones en algunos sectores oficiales. Por eso se multiplicaron gestiones y demandas para hacer cesar las emisiones y reducir al silencio la voz tenaz y constante de la crónica radiada. Durante años resistió la Radiodifusión Francesa, emisora oficial y única en Francia, a esas reclamaciones y protestas. Este es un motivo que me obliga a agradecer vivamente, a las Autoridades responsables de la Radio, el honor y el privilegio que para mí ha sido el poder disponer, durante once años, de un instrumento tan eficaz e influyente como era su programa de emisiones.

«Pero, como era de temer, las duras realidades de la hora presente doblaron esa resistencia. Yo no sé yo quien se crea competente para interpretar las razones de Estado. Un día, el 18 de octubre, se me informó que mis charlas quedarían suspendidas por un mes. El hecho no me sorprendió. Ya iba observando yo desde hacía algún tiempo un cierto enrarecimiento del ambiente. No olvidemos que, el mes de agosto, celebraron una doble conferencia en San Sebastián y Biarritz el Ministro de Relaciones Exteriores español y el Secretario de Estado de Negocios Extranjeros de Francia. Sospeché que iba a haber una liquidación total de mi colaboración; y pedí garantías de que mi retorno ante el micrófono iba a ser real y efectivo. Se me prometieron esas garantías. Sobre todo, exigí que se anunciara públicamente la fecha de la reanudación de las charlas. Y así se hizo: veinte veces se dijo por la radio que el 23 de noviembre volvería a reintegrarse el sacerdote Dr. Olaso, quien tomaba un descanso después de una ininterumpida colaboración semanal de once años.

«Sin embargo, a última hora, se me notificó que el cese era definitivo. No discutí las razones que, por cierto, se me dieron abiertas y claramente. Se convino en la fórmula del anuncio de esta noticia. He aquí el texto que se preparó para ello:

«Nota del sacerdote Dr. Olaso. — Se ha verificado anunciando el pasado mes que el 23 de noviembre reanudaré mi colaboración semanal ante el micrófono de la Radiodifusión Francesa. Pero no es así. Bien a mi pesar y con gran pena, me veo obligado a dar por terminada la larga serie de mis charlas.

«El cese de la colaboración se debe a causas enteramente ajenas a mi voluntad. Debo advertir que la autoridad eclesiástica no ha intervenido en modo alguno para llegar a esta decisión. Saben mis superiores jerárquicos que una indicación suya hubiera bastado para cerrar mi boca y detener mi pluma.»

«Más tarde, el mismo 23 de noviembre, se me informó que esta fórmula no era aceptable, y se me sugirió otra en la que se diría que el cese de mi colaboración era temporal y se debía a razones de fuerza mayor, por ejemplo, motivos de salud. Naturalmente, no pude acceder a esta propuesta. Me lo impedía mi propia dignidad personal y sacerdotal. Debía comportarme con lealtad ante mis oyentes. Mi último ofrecimiento consistió en que se radiara la charla que ya había entregado para la emisión del 23. «La Caridad Cristiana y nuestros muertos»: o que se leyera la nota arriba copiada. La respuesta no fue satisfactoria, y desde aquel momento, me declaré desligado de todo compromiso con la Radiodifusión Francesa, sobre la que recaería la responsabilidad de cualquier decisión en el caso. Mis radioescuchas conocen lo sucedido: ni en la emisión del 23 ni en la del 25 dije absolutamente nada a mis oyentes. No fui yo el responsable del silencio. No me pesa haber actuado de esta manera. Confío en que mis oyentes comprenderán perfectamente mi actitud y la lealtad que inspiró toda mi conducta.

«Pero no quiero terminar esta nota sin exponer públicamente la conclusión más importante y fundamental que he podido deducir de las enseñanzas recibidas durante mis once años de colaborador de la Radiodifusión Francesa. Estoy plenamente convencido de que mis oyentes pertenecen a un pueblo fundamentalmente religioso y moral. Sus reacciones más vivas han sido siempre en respuesta a temas morales y éticos: honradez, verdad, justicia, libertad, caridad, han sido los postulados humanos y cristianos que han sacudido y hecho vibrar el espíritu de millones de radioescuchas. Otros temas no eran capaces de provocar semejante reacción. Los problemas puramente políticos, económicos o sociales eran enjuiciados desde el punto de vista humano y ético. He aquí el secreto del éxito. Esta ha sido la lección más consoladora de mis años de colaborador. Y será un factor poderosísimo para construir un futuro de paz, de concordia y de convivencia entre hermanos que un día se combatió a muerte, y en consecuencia, sea este mi último mensaje: ¡Paz a los hombres de buena voluntad...!»

(Dirección postal: 32, rue de Babylone, París, VII.)

En nuestro próximo número publicaremos la última y no radiada charla del doctor Olaso, titulada «La caridad cristiana y nuestros muertos».

P. S. O. E. - U. G. T.

Reunión de las Comisiones Ejecutivas

Las Comisiones Ejecutivas del Partido Socialista Obrero Español y de la Unión General de Trabajadores de España se reunieron conjuntamente el viernes 27 de diciembre de 1957. Se acordó publicar una nota acerca de los luctuosos sucesos de Iñi.

Se examinaron diversas informaciones recibidas relacionadas con el viaje de Föster Dulles a Madrid.

Se conocieron diversas manifestaciones que traducen la ofensiva franquista contra la emigración.

El compañero Martínez Dasi, que debe emprender próximamente un viaje a distintas Repúblicas del continente americano para cumplir la misión que le ha confiado la CIOSL, fué calurosamente felicitado por las Comisiones Ejecutivas, encargando al compañero Barreiro de los servicios de la OIDE mientras dure la ausencia del compañero Dasi.

De la España franquista

Una nación pobre montada a lo rico. — En la construcción hay organizada una verdadera estafa. — Corrupción, inmoralidad — La prostitución reaparece. — En esta España franquista todo hiede

De cerca de 48 mil millones de pesetas del presupuesto de gastos del Estado para el próximo año 1958, unos 16 mil millones se llevan las fuerzas armadas, Gobernación y Movimiento, Justicia, de donde chupa el clero, cifra sus gastos en más de mil millones y medio de pesetas. La Jefatura de Estado y la Presidencia del Gobierno (el jefe del Estado y el presidente del Consejo es Franco) se apropia de más de 9 mil millones y medio.

«D'un coup d'oeil se vé lo que el ciudadano español (ricos y pobres) ha de pagar para mantener la dictadura franquista. Estamos en una plena bancarrota. Se dirá que así lo venimos diciendo año tras año y, sin embargo, el contribuyente resiste el peso de ese gacío espantoso. Somos una nación pobre montada a lo rico y vivimos porque, por su conveniencia, nos facilita dólares el Tío Sam. Si resistimos es porque hay que vivir, como se respira por la razón de que sin aire en los pulmones se muere irremisiblemente. Esta es una verdad de Pero Grullo.

Franco tiene todavía el Poder en su mano porque Norteamérica quiere. No tenemos vida propia. Somos un satélite de la nación norteamericana. Y la catástrofe, la desintegración total vendría si nos faltaran las muletas yanquis.

Al extranjero ofrecemos la apariencia de un país satisfecho, y nos divertimos; pero el español medio está con el agua al cuello y el pobre no come. Ya tengo dicho en otros artículos que hay más letras de cambio en circulación que billetes de Banco. El crédito nos salva viviendo de una forma ficticia. Todo va encadenado. Si la Banca reduce los créditos, el comercio, la industria, van a la quiebra, y si ésta se produce no hay riqueza imponible para gravarla con los impuestos y el Estado no

puede pagar sus obligaciones. Quien quiebra, a fin de cuentas, es el propio Estado. ¿Cómo salir de este embrollo? Podando el árbol frondoso de los gastos. Pero ¿quién le quita una peseta al Ejército? ¿Y a la clerecía? Franco, no. Porque en una y en otra institución se apoya. Y a los 102 millones del Movimiento, ¿quién es el guapo que pone la seguridad en las raíces de ese gacío injustificado?

Sólo una revolución que ponga lo de arriba abajo, lo que se llama cortar por lo sano, que en este caso es lo podrido, pondría en limpio lo que está tan emborrionado. Franco en la guerra encuentra «su» solución.

La catástrofe de Valencia ha conternado a media España. Las aguas han arrasado todo. Miles de casas abajo. Miseria. Hambre. Un panorama dantesco. Saltaron las compuertas del Pantano Franciscano Franco y el líquido priodoro irrumpió de improviso en la ciudad ya libre de sus muros de contención. Pero ¿no hay ninguna responsabilidad? En el canal de Turia, dentro del mismo Valencia, a los veinte años y más de régimen franquista, aún la gente vivía en chozas (Todo eso de la construcción de viviendas es un disco rayado y la mayoría de las que se construyen son para los nuevos ricos).

Se rompieron las compuertas y el muro del pantano, porque éste no fué bien construido. No se hizo la dosificación que figuraba en el proyecto y se vino abajo el pantano como se vienen abajo las casas baratas que se hacen para los obreros. (Los tabiques se caen, los suelos se levantan, los marcos de las puertas

y ventanas se desprenden, se quiebran las losas y los techos se hunden.)

Todo ello es debido a que hay montada una verdadera estafa en la construcción en la que pringan empresas constructoras, arquitectos y funcionarios del Estado encargados de la recepción de las obras. Se trafica con todo; con el hierro, con el cemento.

Antes, los militares se dedicaban a las cosas peculiares de la milicia. Ahora pocas son las empresas que no tengan en su Gerencia o en un alto cargo a un jefe u oficial con un sueldazo, a fin de que con la espada saque el hierro o el cemento en donde el cemento o el hierro está.

Corrupción, inmoralidad. La gusanera procede con avidez para almacenar billetes, seguramente porque piensa que este estado de cosas no puede durar infinitamente.

Hay casas de tres o cuatro pisos que se les llama la casa del azúcar, del cemento, del hierro, de la harina. Sus dueños son el fabricante de frutas en conserva que empleó el azúcar, cuando estaba racionado, en venderlo en el mercado del estraperlo; el propietario que hizo comercio con el que le adjudicaron en hierro y cemento, para construcciónes imaginarias; el panadero vendiendo el pan frito de peso y caro. Y todo esto a ciencia y conciencia de las autoridades, y dichos con más propiedad, con la complicidad remunerada de las autoridades.

«¡Pobre España!

Todo el mundo leyó, y los periódicos fueron al extranjero, que por un decreto de Franco, así, de un plumazo, la prostitución había quedado abolida en España. Nada de casas de prostitución. Persecución a rajatabla de las prostitutas.

El rublo contra el dólar y la libra

Por Luis Araquistáin

EN Europa se tomó un poco a la ligera la Conferencia asiática que tuvo lugar en El Cairo en los últimos días de 1957. La mayor parte de la prensa la despachó desdenosamente como una tribuna más de la infatigable propaganda comunista. Eso fué sin duda, pero no sólo eso. Era la tercera de la serie. La primera se celebró en Bandung (Java), en abril de 1955, y estuvieron representados 29 Gobiernos. Casi simultáneamente se reunió en Nueva Delhi (India) otra Conferencia de inspiración comunista, pero no de Gobiernos, sino de grupos particulares.

La de El Cairo fué una reedición, corregida y aumentada, de la de Nueva Delhi, también de grupos no oficiales, aunque ya se entiende que las delegaciones de países con dictadura traían autorización de sus Gobiernos respectivos. Asistieron delegados de unos 50 países de Asia y África, pero estuvieron ausentes algunos importantes como Pakistán y Turquía, esta última por formar parte del pacto de Bagdad, creación inglesa que, como se sabe, es como un apéndice en el Medio Oriente de la alianza del Atlántico. En la Conferencia de El Cairo sonaron mucho los gritos de combate clásicos de los países coloniales o recién emancipados: anticolonialismo, antiimperialismo. Y uno que acaso se oía por primera vez, proferido por el delegado de la Somalia francesa: Asia para los asiáticos y África para los africanos.

Esta última invocación recuerda la síntesis de América para los americanos, de Monroe en 1823. De aquella doctrina nació la actual Organización de los Estados Americanos. No sé si Asia y África están imitando conscientemente a América, pero es evidente que, cumpliendo la misma ley histórica, van por el mismo camino y a la misma meta: a organizaciones de tipo continental. Como va también Europa. Con el ocaso del colonialismo, decae igualmente, y por la misma causa, el viejo nacionalismo herético y de campamento. El mundo marcha hacia grandes integraciones continentales, y tal vez las terribles guerras y revoluciones de nuestra época no son sino crisis de crecimiento.

Quizá exageraba Adlai Stevenson, el candidato demócrata a la presidencia de los Estados Unidos, al decir en un artículo reciente que hablar todavía de colonialismo es como fustigar a un caballo muerto. El colonialismo no se ha extinguido aún, si bien tiende a desaparecer. Según un delegado egipcio a la Conferencia de El Cairo, antes de la última guerra mundial había 690 millones de seres humanos sometidos al dominio extranjero, o sea, el 33 por ciento de la población total de la Tierra. En la actualidad quedan 150 millones, el 6 por ciento de la población mundial, sujetos a la férula extranjera.

Pero a los anticolonialistas de El Cairo no les bastaba la independencia política de sus pueblos. Querían también la independencia económica, sin la cual la primera es sólo un mito. ¿Cómo lograrla? En este punto fué donde la numerosa y bien preparada delegación rusa, al parecer en representación del enorme imperio soviético en Asia, prodigó sus consejos y ofrecimientos fraternales. Aconsejó que los pueblos afroasiáticos deben imitar el ejemplo de Egipto, cuando nacionalizó el canal de Suez, y el de Indonesia, que acabó de nacionalizar los bienes holandeses y de expulsar a sus propietarios. Todos los países de Asia y África deben hacer lo mismo: nacionalizar las industrias extranjeras y sobre todo los pozos de petróleo donde existan. Al mismo tiempo, la delegación rusa prometió velar el cuerno de la abundancia sobre todos los países de esos Continentes que pidan ayuda a la Unión Soviética. Les dará dinero, hospitales, escuelas, caminos, técnicos, y todo eso y mucho más sin ningún mequino interés, como de hermanos a hermanos.

No hay que decir que estas ofertas, de una liberalidad verbal sin precedentes, produjeron un entusiasmo delirante en la Conferencia de El Cairo. Se comprende. Los occidentales no damos buena cuenta de la situación de tantos países paupérrimos de Asia y África, muchos de ellos con una densidad de población casi de hormiguero, que carecen de lo más indispensable para la vida y que esperan de su rápida industrialización el milagro de bienestar, por lo menos relativo, que el hombre blanco ha realizado en otros Continentes. Este maná o el hígui que los rusos ofrecen, y no su paraíso ideológico, es el peligro de que la Unión Soviética se ponga a la cabeza del Asia y el África proletarizadas, como redentora de pueblos famélicos.

Huelga también decir que a los rusos no les mueve en estas promesas de cornucopias ningún altruismo filantrópico, y los afroasiáticos lo saben perfectamente. Las razas de Asia y África, con muchas viejas civilizaciones a sus espaldas, conocieron a los antiguos griegos y no olvidan lo que de ellos, a decia entonces: desconfía del griego cuando quiere regalarte algo. El adagio se puede aplicar a todos los hombres en general; hay que desconfiar en principio de todos los préstamos que pretenden ser gratuitos. Y no han de ser los rusos una excepción. Pero la necesidad no conoce ley, en el poderoso como en el indigente, y hay que pasar por todas las horas caudinas, incluso por las dadas.

Los rusos buscan e implemente un doble negocio, y nadie les discutiría su derecho siempre que venga sin máscara. Está visto que con todos sus formidables armamentos no pueden conquistar el mundo, porque también los poseen otros Estados. Tampoco les sirven sus partidos-caballos de Troya en otros países, paralizados por su imbelicidad revolucionaria y sobre todo por su lejanía de Rusia. Pero últimamente han descubierto un arma más eficaz que las militares para penetrar en los países menesterosos, un auténtico caballo de Troya, más temible que el legendario. Se llama el rublo. Con el rublo tratan de ganar las voluntades de los pueblos sin capital acumulado, al mismo tiempo que desalojan de ellos al dólar y a la libra esterlina, y de conquistar pacíficamente mercados, industrias y preferentemente pozos de petróleo, tan necesario para las naciones occidentales. De ese modo debilitan a sus rivales y ellos se enriquecen. Este es el negocio por partida doble y muy redondo.

Porque Rusia se está aburguesando y volviéndose de espaldas a su llamado comunismo. Hace poco la revista soviética «Vida del Partido» revelaba que algunos comunistas ilustres habían sido expulsados del partido por haberse hecho propietarios de casas, construídas gratuitamente con el trabajo de los obreros de las fábricas que ellos dirigían, y alquilando los pisos por una renta superior al tipo legal. Esta edificante historia la reproducía «The Times», de Londres, el 24 de diciembre último. Es un síntoma eloquente de que el espíritu capitalista de Rusia. No me extrañaría que el capitalismo de Estado, y no otra cosa es el comunismo soviético, evolucionase a una franca restauración del capitalismo privado, ya latente, como lo prueba el caso referido. El rublo también se siente capitalista y no quiere ser menos que el dólar y la libra esterlina, grandes símbolos del capitalismo occidental, que ahora ya más se envidian que se temen en Rusia, y por eso los ataca en el frente económico de Asia y de África.

«Llegará a ser Moscú, como soñó en otros siglos, la Tercera Roma, la sucesora de la Roma clásica y de Bizancio en Oriente? En la Conferencia de El Cairo asomó un peligroso rival, el Japón. Uno de sus delegados, Tokutaro Kitamura, pidió entre otras cosas que las Naciones Unidas crearan un fondo para ayudar a los países económicamente atrasados. Era una réplica a los ofrecimientos del oro y el moro de la delegación rusa, y una invitación a que el Oriente no rompa con el Occidente, por la cuenta que le tiene. La Conferencia no aplaudió al delegado japonés tanto como a los oferentes rusos, pero es probable que reflexionara más.

El Japón es uno de los países más industrializados del mundo, mucho más que Rusia, sin necesidad de haber pasado por los torpes de una dictadura, como la soviética. En 1957 construyó 2.300.000 toneladas de buques mercantes, superando el récord mundial de dos millones de toneladas en tiempo de paz que Inglaterra había producido en 1920. El Japón ha hecho en Oriente un milagro de reconstrucción industrial gigantesca parecido al de Alemania en Europa. Los delegados japoneses no ofrecieron a la Conferencia de El Cairo más que consejos de concordia con el Occidente y el ejemplo admirable de su país al regenerarse y engrandecerse, ahora pacíficamente, lo mismo que Alemania, por la voluntad de vivir y el trabajo hercúleo. Seguramente muchos delegados afroasiáticos volvieron a sus casas tendiendo mentalmente una mano a los futuros rublos soviéticos, pero también tendiendo otra a los consejos y al ejemplo del Japón, que es como tenderla hacia Occidente. El Japón va a ser para el rublo en Oriente el nórmol donde se suenan las monedas para saber si son falsas o no.

Lucio Martínez Gil

Recuerdos del tiempo joven

— XV —
Por Andrés SABORIT

ON estado de guerra en Cataluña y Andalucía, más suspensión de garantías constitucionales en toda la nación, el día 1.º de junio de 1939 se verificaron las elecciones para diputados a Cortes. Durante el periodo electoral, el Gobierno restableció parcialmente las garantías constitucionales, para dar una apariencia de legalidad a la batalla política de la que esperaba salir victorioso.

Con arreglo a los acuerdos adoptados por el Comité nacional del Partido, se improvisó el Bloque de las Izquierdas, sin dinero, con una organización deficientísima, agudizada por la crisis de trabajo, que comenzaba a agravarse como consecuencia de la terminación de la guerra europea.

Previamente designado por las Agrupaciones Socialistas de la circunscripción de Cartagena, Lucio Martínez fué candidato a diputado a Cortes en unión de don Joaquín Payá, liberal absta, y de don Alvaro de Albornoz, republicano adicto a Lerroux. Por Cartagena se elegían cuatro diputados, tres por mayoría y uno por minoría, pero al caciquismo le sobraban medios y resortes para copar, sobre todo si además gozaba, como en este caso, del apoyo oficial.

Ha de recordarse que en la carta de Pablo Iglesias que publicamos en otro artículo, el «Abuelo» insistía en que los trabajadores de Cartagena deberían ir contra Payá y García Vaso. ¿Cómo era posible que el año y medio de haberse escrito aquello nuestro Partido fuera en alianza con uno de estos señores? Aunque los dos eran monárquicos y los dos pertenecían a ramas distintas del liberalismo, había evidente diferencia entre ambos. García Vaso era un desertor de Lerroux que de acuerdo con Cierva y Maestre disfrutaba de hegemonía en el Ayuntamiento, a través del Bloque Cartagenero, en el que

intervenían hasta republicanos. Don Joaquín Payá era adversario de Cierva y Maestre, contra quienes venía gastando energías y dinero, sosteniendo un periódico diario en Cartagena, con algunos concejales en aquella comarca, siempre en oposición contra los conservadores, como don Santiago Alba lo estaba en el ámbito nacional contra Mauri y Cierva. Los dos eran adversarios, pero sus métodos de lucha diferían bastante.

Precisamente porque estábamos identificados con el pensamiento de Pablo Iglesias, la Comisión Ejecutiva había destacado a Lucio Martínez para que hiciera ver a las organizaciones obreras cartageneras los inconvenientes que habría de representar una alianza electoral tal y como la proyectaban. De todos modos, era comprensible el ansia por librarse del caciquismo cabileño de Cierva y Maestre, cayendo en el vacío, consecuentemente, cuanto se les dijera en contrario a quienes le tenían que soportar.

Lucio había recorrido la circunscripción de Cartagena en 1918 con la bandera electoral del Comité de huelga. No era fácil, por tanto, que se hiciera ilusiones respecto del resultado final de aquella nueva batalla. Las Agrupaciones Socialistas de la comarca fiaban, en cambio, en el concurso de los caciqueros liberales y republicanos y en los medios económicos que don Joaquín Payá estaba dispuesto a poner en juego para vencer.

En tanto que la provincia de Burgos cuenta con 510 Ayuntamientos, la de Murcia sólo tiene 42, pero con tal extensión, que hacer propaganda en ellos era pura utopía. Cartagena y Fuentelalmir, que forman partido judicial, tienen 820 kilómetros cuadrados, y la circunscripción comprendía, además, Aguilas, Aledo, Alhama, Caravaca, Liria, Mazarrón, Totana y La Unión. Para darse cuenta de la arbitrariedad que significaba semejante distribución electoral bastaría señalar que el Ayuntamiento de Caravaca está lindando con la provincia de Albacete, a pesar de lo cual votaba con Cartagena, a más de seiscientos kilómetros de distancia. Tan maquiavélica combinación no era caso único en España, pero Romero Robledo, al preparar las elecciones después de la Restauración, tuvo especial cuidado en que el republicanismo cartagenero, heredero del Cantón, quedara imposibilitado para siempre de levantar cabeza.

Aisladamente, el Municipio de Cartagena es uno de los más extensos de España, con cerca de sesenta poblaciones menores, alguna tan importante como Llano del Beal, con millares de obreros mineros. Cabo de Palos, a veinti-

cinco kilómetros de Cartagena, es una barriada de dicho Ayuntamiento. Vivir en aquellos años era un suplicio. En las luchas entre liberales y conservadores eran célebres las elecciones en Fuentelalmir, con estación de ferrocarril a dieciocho kilómetros de distancia, donde florecían agentes electorales —licenciados de prestigio casi siempre—, del tipo de «Ojo de perro». Las caricaturas de Manuel Tovar en el diario «España Nueva», en que Cierva aparecía en pantalón a cuadros y con las manos chorreado sangre, eran la única compensación que disfrutaban quienes se veían obligados a vivir en aquel infierno.

Cánovas del Castillo, jefe del partido conservador, acabó elegido diputado a Cortes por Murcia, capital, y por Cieza, también de la misma provincia, en tanto que Cierva, al comenzar a «funcionar» el llamado sufragio universal fué presentado a diputado por el distrito de Mula, con 10.000 electores y 33 secciones, como si dijéramos una perita en dulce, que cuidó amorosamente hasta el advenimiento de la República en que se vio forzado a dejar el campo libre. De cómo se explicaba Cánovas en relación con el sufragio universal dan idea las siguientes palabras del restaurador de la monarquía de Sagunto: «Yo, que le hallé como base legal de una situación cuya legalidad era discutible, lo acaté, lo consideré como fundamento de la Constitución vigente del Estado, hice uso de él y me sirvió tan bien que me confeccionó la mayoría más compacta y más obediente que ha apoyado a un Gobierno. Soy, pues, enemigo declarado del sufragio universal, pero su manejo práctico no me asusta.»

«Cabe mayor cinismo? Sí, cabe, sí. En «Notas de mi vida», libro escrito por don Juan de la Cierva en expatricación voluntaria, hay un capítulo muy sabroso. He aquí: «Cayo Sagasta, Silvela y Pidal (don Alejandro) habían reorganizado el Partido Conservador. Se constituyó el Gobierno Silvela, Dato, Villaverde, marqués de Pidal y Polavieja. Este último se consideraba aliado de 1887 conservadores, pero mantenía su personalidad y su política independiente. Le llamaban el general cristiano. En el acto aparecieron Comités en todas partes, y en algunos sitios más de uno. Como al día siguiente de caer la monarquía, en cada pueblo se han formado uno o varios socialistas, radicales, radicales-socialistas y hasta comunistas. ¡Y habría que ver la ficha política de cada uno de sus componentes! Por lo pronto, se sumergieron en un día la mayoría de los comités monárquicos. Como durante la dictadura, Eterna mentira que a tantos errores conduce. Se cuentan los afiliados del día y no se cuenta con los que serán en otro día no lejano.»

Voces amigas

¡La prensa española ve ya a Franco en la O. T. A. N.!

El gran diario socialista «Le Peuple», de Bruselas, en su edición del 27 de diciembre, tras publicar una información de la agencia France Presse fechada en Madrid en la que se da cuenta del vuelo dado por la prensa española a los discursos de Eisenhower y Foster Dulles pronunciados el día 24, considerando «la importancia dada por éstos al papel de España en el sistema defensivo del Occidente», inserta, con la firma A. B., el siguiente interesante comentario:

¡MUY POCO PARA NOSOTROS!

La argumentación de la prensa estependiada de Madrid se basa sobre dos errores fundamentales: primeramente, no es verdad que España presente la menor solidez, en caso de conflicto (pues es este género de solidez lo que se evalúa en los franquistas); en segundo lugar, las naciones occidentales no tienen nada que ganar ligando su suerte a ese régimen odioso. Buena cara tendría la alianza atlántica si alinease su concepción de la libertad sobre la que es impuesta a los españoles! Ya actualmente los demócratas de Europa no soportan sino con irritación las amabilidades norteamericanas respecto a Franco. Tratar de hacernos franquear un paso más, es conducirnos a dudar de la buena fe misma de los padrinos de esta operación «carta forzada». ¿Cómo Eisenhower